



LA PLAYA DEL SENEGAL

JOAN CARLES MARTÍN TOMÁS

LA PLAYA DEL SENEGAL

Para Sergi y Guillem, porque cuando oscurece su luz siempre está.

Nota del autor: Agradecer a Toni Argent su dedicación, esfuerzo, ilusión y apoyo para que esta obra sea una realidad.

Este libro se enmarca dentro del proyecto «Cap Infant Sense Conte» los objetivos del cual son, entre otros, promover el hábito lector y el placer de leer.

www.capinfantsenseconte.org

©Joan Carles Martín Tomás

1a edición: Febrero del 2024

Tirada: 500 ejemplares

Impresión y maquetación: iGràfic www.igrafic.com

Texto: Joan Carles Martín Tomás (jemartintomas@gmail.com)

Coordinador de la edición: Toni Argent Ballús (antoniargent@gmail.com)

Asesora lingüística: Berta Rubio Faus

Fotografía portada: Freepik_wirestock

ISBN: 9788409573028

Depósito legal: B 20887-2023

Impreso en Catalunya

Índice

CAPÍTULO 1: CÓMO ME GUSTA EL VERANO	7
CAPÍTULO 2: MI AMIGO HUGO Y SU FIDEO	11
CAPÍTULO 3: LAS «PRUEBAS DE AMOR»	15
CAPÍTULO 4: PREPARANDO EL DÍA DE PLAYA	19
CAPÍTULO 5: ¿QUÉ ES ESO BRILLANTE QUE CAMINA?	23
CAPÍTULO 6: UNA LIMONADA LLENA DE PREGUNTAS	27
CAPÍTULO 7: POLLO CON PATATAS FRITAS	31
CAPÍTULO 8: VOY A PEDIR UN DESEO	39
CAPÍTULO 9: UNA FIESTA DE CUMPLE DIFERENTE	43
CAPÍTULO 10: EL PASEO DE LAS SONRISAS	47
CAPÍTULO 11: LA NAVIDAD Y SUS OLORES	51
CAPÍTULO 12: ¿UVAS O... GANCHITOS?	55
CAPÍTULO 13: ¿QUÉ PASARÁ MAÑANA?	63
CAPÍTULO 14: MI PLAYA YA NO ES MÍA	69

CAPÍTULO 1: CÓMO ME GUSTA EL VERANO

¡Al fin era verano y yo estaba supercontento! No entiendo que haya mayores, como mi vecino Eduardo, que prefieran el invierno antes que el verano. ¿Cómo puede gustarle más pasar frío que nadar en el mar? Él dice que en verano suda mucho, pero ¡si es que siempre lleva camisas de manga larga! —eso sí, arremangadas—. Y tiene una panza... porque sé que los señores no pueden tener bebés, que si no, diría que espera uno. Igual suda mucho porque en la barriga tiene demasiada agua y le sale por la frente y por debajo de los hombros...

Los mayores son más raros... ¡Con la de cosas buenas que tiene el verano!

Os diré unas cuantas por si no os habíais dado cuenta: hace sol todo el día, te puedes lavar la cara por la mañana sin congelarte las manos y no hay que ponerse el *buff* despeinándose. Tampoco tienes que desayunar los cereales rápido oyendo a tu padre o a tu madre decir: «Vamos, que llegamos tarde». Y ¿por qué no te lo dicen?, pues por lo más *supermegachuli* del mundo mundial: ¡¡¡En verano no hay cole!!! ¡¡Por eso es tan genial!!

En verano tenemos *muuuuuuchas* vacaciones. Hace un mes que han empezado y te dicen que te quedan todavía dos meses para volver al cole. «¿Dos meses más?, ¿de verdad?». Por eso, cuando vuelves, te han crecido mucho las piernas y los brazos, a niños mayores de otros cursos les han salido granos rojos en los mofletes y a tu novia de clase ya no le gustas.

Yo creo que en verano todo va como más tarde; cenas a la hora que en invierno ya estarías durmiendo y parece que al sol le cuesta irse. Se debe sentir muy a gusto viendo la gente con-

tenta, porque en verano la gente se ríe más, ¿no os parece? Es como si alguien desde el cielo tirara polvos mágicos de alegría y todos recibiéramos un poquito. Si pudiera hablar con quien lo hace, le pediría que pusiera en el buzón de cada casa un saquito para el invierno. Porque el invierno es muy largo, se hace de noche muy pronto y es un rollo. Da una tristeza...

En vacaciones, los días que pasamos con mi padre, es cuando vamos a mi lugar favorito: ¡la playa!, *imi* playa! Cogemos el coche, llenamos el maletero con toallas, juguetes y la sombrilla, ponemos la nevera y... ¡a la playa del Faro!, como la hemos llamado siempre. Lo único malo de ir a la playa es que papá, algunos días, en el viaje, empieza a hablar de cosas serias y, claro, una vez que arranca, como no me puedo bajar porque creo que sería peligroso, hay que oírlos todas.

Un día, papá estaba enfadado con mi hermano Guillem y conmigo por que no habíamos recogido el desayuno de la mesa, y después de oír durante el viaje un montón de palabras serias le dije que, cuando pudiera, me bajaría del coche porque tenía las orejas rojas de tanto discurso. Al cabo de un rato, tuvo que parar en la gasolinera y me dijo que, si quería bajarme, ya volvería a casa andando. Solo de pensar en lo largo que se debe de hacer el camino de vuelta a casa con chancletas, se me pasó el enfado; hasta las orejas me dejaron de doler de golpe. Pero es que no es justo, porque en el coche, cuando arranca, ¡nos tiene como secuestrados! Además, algunas cosas que dice las entiendo, pero hay otras que me cuestan más. Eso ocurre porque mi papá a veces habla con palabras un poco extrañas. Por ejemplo, siempre nos dice que tenemos mucha suerte de vivir donde vivimos y de tener todo lo que tenemos en cualquiera de nuestras dos casas —la que compartimos con él y la que compartimos con mamá— o sea que menos quejarse. También repite que vivimos en un lugar *privilegiado*; y yo, hasta hace poco, no tenía ni idea de lo que quería decir *privilegiado* —¡ni siquiera sabía ni que se pudieran hacer palabras con tres íes!—. Entonces nos explica que podemos bañarnos en la piscina de casa y, si queremos,

en quince minutos ir a visitar el mar; que, a solo dos horas de coche, tenemos montañas maravillosas donde podemos hacer excursiones o tirarnos por la nieve con el trineo de plástico en invierno. Y al principio creía que *privilegiado* debía ser eso, tener un coche para poder ir a la playa, a la montaña o a la nieve si queríamos...

CAPÍTULO 2: MI AMIGO HUGO Y SU FIDEO

Ir a la playa es lo que más me gusta y lo que hacemos muchos días de verano. Me encanta estar todo el día jugando y bañándome hasta que las montañas tapan el sol y nos tenemos que ir a casa. Sobre todo, lo que más me gusta es jugar al fútbol en la arena con mi hermano. Es genial ponerte de portero y no hacerte daño al caer. Dos zapatillas se convierten en una portería y nos lo pasamos genial. El único problema es que a Guillem, al que llamaré «hermano paliza», también le gusta mucho jugar a las palas. Y se pone muy pesado porque, hasta que no me gana, no quiere dejarlas y jugar al fútbol. Cuando va perdiendo, siempre dice que es el último punto y, cuando después del cuarto último punto viene el quinto último punto, me enfado bastante y nos zarandeamos. Y entonces papá tiene que intervenir poniendo paz. A papá no le gusta nada que nos peleemos a empujones y menos con dos raquetas de madera en la mano.

Por cierto, ino he dicho que me llamo Sergi! Llevo gafas porque veo un poco mal por el astigmatismo —la única palabra rara que me sé—, pero mis padres, que están separados, me dicen que me puedo curar cuando sea más mayor; solo me las quito para jugar al fútbol con mi equipo y cuando voy al agua. Tengo el pelo castaño y liso, con dos remolinos a los lados que no se bajan cuando les paso el peine, y soy muy inquieto, eso dice mi padre. Otra palabra rara que quiere decir que no paro quieto, según él. Creo que *in* quiere decir que no paras, y *quieto* pues eso, quieto, que no paras quieto. Yo creo que más que inquieto es que quiero pasarme todas las horas del día riéndome y divirtiéndome, pero se ve que no se puede.

Mis amigos dicen que se lo pasan superbién conmigo, porque les hago reír con mis historias. ¡Pero yo no las explico para que se doblen de la risa, sino para que vean qué cosas más curiosas me suceden!

Una de estas cosas no me pasó a mí sino a Hugo, mi *supermejor* amigo. Hugo es bastante serio, no habla mucho, y todos dicen que parece un empollón. Pero tiene un buen corazón, porque me ayuda a entender las divisiones de dos cifras hasta que me salen; y eso que son superdifíciles. Hasta hace poco, Hugo tenía un problema gordo con su risa, y es que no se reía nunca haciendo «ja, ja, ja, ja, ja» cuando algo le hacía gracia. En lugar de eso, se ponía muy colorado y hacía «mmmggrrrrrrr». Le salía un sonido de dentro de la nariz como si se sonara y parecía que se tragase la carcajada. Yo siempre le decía que no lo hiciera y que se riera como yo, y él que no y que no, y del «mmmggrrrrrrr» no lo sacaba. No sabía cómo ayudarlo. El caso es que, unas semanas antes del verano, descubrí que aguantarse la risa estando constipado no era bueno para Hugo.

Estábamos en clase y Mario salió a la pizarra a decir la tabla del siete. La verdad es que Mario y las tablas de multiplicar no se acaban de poner de acuerdo entre ellos y, cuando dijo «siete por seis, cincuenta y uno», Hugo hizo ese «mmmggrrrrrrr» de siempre, pero ¡le salió un pedazo de moco por la nariz!! ¡Como un fideo! Claro, por aguantarse la risa y también por estar constipado. Fue un momento muy extraño en clase, el profe se puso blanco mientras se levantaba, Hugo también se levantó de su pupitre y yo lo miraba con los ojos como dos huevos fritos. Todos los niños se reían y algunos empezaron a gritar. Hugo quería salir de clase, pero andaba raro y no encontraba la puerta y si se movía también se movía el fideo... ¡iiiArmó una!!!! Hasta que el profesor le dijo «Quieto, Hugo!» y le pudo dar un pañuelo de papel. Menudo lío se formó. Y, claro, cuando se lo expliqué a mis amigos del fútbol, que no van a mi clase, casi se hacen pis encima de la risa. Pero os juro que no es ninguna mentira, pasó de verdad.

La semana siguiente, Hugo estuvo mucho más callado de lo que ya es habitual en él, y yo vi enseguida que le pasaba algo —los *supermejores* amigos se dan cuenta de esas cosas!—. Primero no me atreví a preguntarle nada. Sin embargo, después de unos días, pensé que lo tenía que ayudar como él me ayudaba a mí con las divisiones, y terminamos hablando. Ese día se le pusieron los ojos muy brillantes y casi se le caen algunas lágrimas, que me di cuenta.

—El otro día me dio mucha vergüenza lo que pasó, Sergi.

—No te preocupes. Le puede pasar a cualquiera. —Vi que los ojos se le movían y yo no quería que estuviera triste, así que añadí—: Lo que debes hacer, Hugo, es no aguantarte la risa.

—Ya lo sé. Pero, si me río, todo el mundo me mira y me da vergüenza. Mucha.

—Mira, a partir de ahora haremos una cosa: cuando te dé la risa, tú me miras solo a mí y entonces será como si nos riéramos los dos solos. ¿Qué te parece?

—Jolín, qué buenísima idea. ¡No se me había ocurrido! Gracias.

Y así fue cómo Hugo dejó de hacer «mmmggrrrrrrr» y se empezó a reír como yo cuando algo le hacía gracia.

A veces pasan cosas que no te esperas, que al principio te dan un poco de repelús y que después se convierten en mágicas. Gracias a su «fideo», lo pude ayudar; me pudo explicar que no se reía porque le daba vergüenza. Ahora ya no es así.

Una cosa... ¡Espero que yo no tenga «fideos» guardados en mi nariz! Porque si me pasa a mí...

Esa misma tarde se lo expliqué a mi padre y se alegró mucho de que lo hubiera ayudado.

—Muy bien, Sergi. Eso es lo que hacen los buenos amigos, ayudarse.

—Estoy contento por lo que hice. Sin embargo, con las cosas que me cuenta y lo superamigos que somos, qué raro que no me lo dijera antes si tanto le preocupaba. ¿No, papá?

—Hugo es tímido y hay cosas que le cuesta más explicar, pero

no porque no quiera. Necesita encontrar el momento y sentirse muy a gusto. Y tú hiciste que eso pasara.

—Entonces, cuando vemos personas que no hablan mucho, ¿no es que sean raras?, ¿puede que solo sean tímidas?

—Claro. Lo que hay que hacer siempre es no reírse de nadie nunca, y menos porque alguien no hable, pues seguro que hay un motivo.

—¿Y qué hemos de hacer entonces?

—Esperar a que esa persona quiera hablar, y escucharla con atención cuando lo haga. La estarás ayudando solo estando a su lado. Y verás como cada vez hablará más de las cosas que le preocupan y las compartirá contigo. Así nace la amistad, hijo.

—O sea que... ¿también se ayuda a los amigos sin hacer nada?

—Sí, Sergi. Ser amigo es escuchar y hablar, a veces solo con la mirada. Hacer compañía y respetar que te quieran contar o no sus secretos. Estando a su lado, como hiciste con Hugo. Así les demuestras que los quieres. Tú solo ayúdalos a sentirse bien y todo saldrá bien.

Cuánto sabe mi papá... Me gusta mucho cuando me habla con palabras listas. Si no fuera porque también tiene un montón de palabras serias en su cabeza...

CAPÍTULO 3: LAS «PRUEBAS DE AMOR»

Como os decía antes, tengo un hermano, Guillem, que es más rubio que yo y más alto; y más *cachas*, según él, pero no es verdad. Es más pesado... No para de hacer preguntas y lo quiere saber *tooooooooooooo*. Y claro, si estoy a su lado, me habla a todas horas y se me cansan las orejas de escucharlo. No os penséis que tengo unas orejas sensibles, ¿eh? Lo que tengo es un hermano plasta que hace que me enfade cuando no para de hablar. Sobre todo, cuando vemos una *pele*. En ese momento mi padre se pone serio, aunque no nos riñe; solo nos mira con cara un poco sonriente y nos habla muy poco a poco, supongo que para que lo entendamos bien.

Uno de esos días nos dijo que nos tenemos que querer mucho porque somos hermanos gemelos y porque, antes de nacer, compartimos el mismo espacio en la barriga de mamá, y se ve que eso de compartirlo todo durante siete meses y medio debería tenernos más unidos todavía. Y, bueno, pues quizá es verdad, pero menos mal que Guillem no podía hacer preguntas mientras estábamos en la barriga de mamá, porque no sé cómo hubiera aguantado los siete meses y medio...

Esa noche sucedió una cosa normal y una cosa mágica. La cosa normal fue que Guillem se durmió a los treinta segundos de meterse en la cama. Yo creo que tiene el récord mundial de dormirse pronto si es que hay carreras de eso; deberíamos llevarlo a algún concurso. Y la otra cosa, la mágica, fue que papá y yo nos pusimos a hablar, como alguna vez hacemos, de cosas nuestras. Me gusta cuando estamos solos antes de ir a dormir y me dice cosas que me hacen pensar. También tengo yo alguna pregunta que hacer, no las va a tener todas Guillem.

Estábamos en mi habitación y mi padre me hablaba del amor, de que es bonito ayudar a una vecina mayor que no puede subir su compra hasta casa o a un señor ciego a cruzar la calle si nos pide ayuda. Me decía que eso se llama «pruebas de amor». Le dije que pensaba que las pruebas de amor se hacían solo a tus novias —comprándoles flores, por ejemplo— o a personas que conoces, pero mi padre me explicó que no, que las pruebas de amor se puedan dar a todo el mundo, sin importar si es a tu pareja, a tu abuelo o a un vecino, y que no es necesario que conozcas a la persona para ofrecérsela.

—Una prueba de amor es sencillamente eso, hijo: demostrar que sientes amor por alguien, el tipo de amor que tú quieras. Porque, cuando se da amor, se ayuda a la gente a ser mejor persona. Y además sucede una cosa mágica, y es que tú te sientes todavía mejor que antes de hacerla. Esa prueba de amor también te hace feliz a ti.

Mi papá seguía hablando con esa cara donde se le nota que me quiere mucho.

—No hay mejor premio que ver la cara de felicidad de aquel que has ayudado con tu amor sin que te lo haya pedido, cariño. No hace falta que te lo agradezca, porque con su mirada te está respondiendo. Una prueba de amor puede ser una frase, arrancar una sonrisa, una broma, un gesto amable... Hay tantas pruebas de amor como corazones en el mundo, Sergi.

—Buf, papá. Pues con la de corazones que hay en el mundo...

Mi padre sonrió y después me dijo una cosa en la que estuve pensando bastante rato:

—Cuando se da amor, no se pide nada a cambio; si no, no sería amor, sería interés. Dar amor es como repartir todos los trozos de ese pastel delicioso de chocolate de tu cumpleaños entre cientos de niños que no conoces, solo porque estás seguro de que les va a gustar y que vas a hacerlos muy felices. Jamás habrían probado un pastel tan bueno si no hubiera sido por ti. Al repartir tu tarta, les das a cada uno un trocito de tu corazón que llevarán siempre dentro; así formarás parte de ellos aunque

pase mucho tiempo. Eso se llama amor incondicional. Y serás tan feliz viendo sus caras que ni te darás cuenta de si tú has probado o no tu pastel.

Me gustó mucho que mi padre me hablara del amor y de las pruebas. Algunas palabras las entendí más y otras menos, pero no me preocupé por eso. Sabía que me las decía porque estaba seguro de que, cuando sea mayor, todas me esperarán dentro de mi cabeza y entonces las entenderé. Como él y mamá nos dicen siempre, esas son las «palabras de mayores».

—Me siento muy orgulloso de vosotros, de los dos. Sois muy inteligentes y listos, sois niños fantásticos y podréis llegar a ser lo que queráis si os esforzáis. Dependerá de vosotros. Solo habréis de querer ser aquello que decidáis. —Y, cuando ya parecía que iba a salir de nuestra habitación, me miró desde el marco de la puerta y añadió con cara de papá bueno: —Mira, Sergi, las pruebas de amor son como las nubes. Están flotando y todos podemos verlas; algunas son más grandes y parecen de algodón, y otras más pequeñas y finas, pero todas son preciosas tengan el tamaño que tengan. Nos encantaría saber cómo son por dentro, viajar subidos en ellas. Pero, para saber que hay nubes, hay que mirar al cielo y no todo el mundo lo hace. Con lo bonitas que son y hay personas que no les dan importancia... Por suerte, cada día hay nubes, como cada día hay personas a nuestro alrededor a las que podemos ayudar con una prueba de amor. Se trata de querer hacerlo.

Después de un momento mirándome, se acercó a mí de nuevo y se sentó en mi cama.

—¿Te puedo poner unos deberes este verano, Sergi?

—Hombre, papá, que he sacado tres dieces: Ciencias, Geo y...

—No, hijo, son otro tipo de deberes. Este verano tienes que hacer una prueba de amor a alguien. Pero tiene que ser a alguien que no conozcas, ¿vale? ¿Me prometes que lo intentarás?

—Vale; prometido, papá.

Al día siguiente, me hice una lista que titulé: *Gente que no conozco y a la que, a lo mejor, le hago una prueba de amor.*

Si papá no me hubiese dicho que tenía que hacer la prueba a una persona que no conociera, se la habría hecho a mi hermano. Aunque a veces nos enfadamos, he de decir que a Guillem lo quiero mucho. Por eso lo echo tanto de menos cuando no está conmigo. Pero no se lo digo porque se pondría todavía más pesado e insistiría que está más *cachas* que yo... El caso es que tenía que encontrar a alguien que necesitase una prueba de amor y no sabía cómo buscarlo. Decidí que estaría atento a la gente que viera y que los miraría un rato a los ojos, a ver si eso me ayudaba. Esperaba saber detectar a alguien que necesitase una prueba de amor...

CAPÍTULO 4: PREPARANDO EL DÍA DE PLAYA

Ahora os explicaré la misión que tenemos los tres cuando llegamos a la playa, porque cada uno tiene una misión que ha de cumplir sí o sí. Yo saco las toallas de la bolsa y tengo que dejarlas extendidas sin un grano de arena encima; algo que no es nada fácil, sobre todo si hace viento, porque entonces parece que la toalla quiera abrazarme y... ¡empieza una lucha! Mi hermano saca las palas, las gafas de bucear y la pelota de fútbol, y busca en la bolsa la crema solar para dársela a papá. Y mi padre tiene que poner la sombrilla enseguida para que, a la nevera, donde llevamos los bocadillos y las bebidas de la comida, no le toque mucho el sol. Después nos pone crema por todo el cuerpo y ahí también hay un poco de nervios, pues los dos queremos ser el primero en ir al agua, aunque mi padre lo resuelve diciendo que un día uno primero y otro día el otro. Me gusta el olor que hace la crema. Cuando papá acaba de ponérsela, estamos muy brillantes y parecemos dos tostadas de mantequilla. Él siempre nos dice que estamos guapísimos. Guapos no sé, pero nos deja más brillantes que la calva del abuelo José Manuel. ¡Cómo le brilla!

Con papá solemos ir siempre a la misma playa y me parece la playa más bonita del mundo mundial. Yo siempre la he llamado «la playa del Faro» porque a lo lejos se ve un faro *muuuuuuy* alto que ayuda a los barcos a no chocar contra la playa. Para llegar, hay un camino un poco largo que nos lleva hasta la arena, donde hay duchas para quitarse la sal del agua y lavabos de plástico. Ya me conozco las caras de la gente que van a la playa; pues, después de tanto tiempo yendo, siempre veo a las mismas personas. Veo señores mayores que se dejan caer en su silla de

metal brillante, así como si quisieran chafarla, y otros a los que les cuesta mucho levantarse de su silla y a quienes tiemblan las piernas. La gente va con unas toallas muy grandes y con muchos colores donde caben dos tumbados, y veo mamás y papás con unas neveras mucho más grandes que la nuestra porque me imagino que o comen mucho o se van a quedar hasta muy tarde. ¡Y también hay muchos niños jugando a hacer castillos de arena con cara de supercontentos!

Lo único que me pone nervioso de la playa es que hay personas que se pasan mucho tiempo tumbadas en la arena sin hablar ni moverse, y muy brillantes. Están como durmiendo. Yo a veces le he preguntado a papá que si alguna se muere en ese momento, ¿cómo sabremos que está muerta? Pero él no me deja que vaya a tocar a nadie para ver si está vivo, solo sonrío y me explica que no están muertos, que están «relajados tomando el sol», que incluso algunos duermen y que no me preocupe. No sé si estarán relajados como dice él, pero lo que sí que están son colorados, ¡supercolorados!, sobre todo los extranjeros. Porque en la playa y en el mundo hay dos tipos de personas: las que hablan normal, como yo, y las que hablan raro; o sea, los extranjeros. Y todos los que hablan raro están colorados. Quiero decir que, si ves a alguien colorado en la playa, seguro que no lo entiendes si te habla porque es extranjero. Yo, cuando en la playa veo a alguien que no se mueve desde hace un buen rato, pienso que le ha pasado lo mismo que al abuelo de Unai, un compañero de clase que nos dijo que su abuelo se quedó muerto mientras dormía y, digo yo, que eso le puede pasar a cualquiera en cualquier momento... hasta en la playa de vacaciones. ¿O es que alguien te avisa antes de morir? Y si te avisa alguien, ¿lo hace en extranjero o hablando normal? No sé...

Lo que sí os puedo decir es que en mi playa a veces pasan cosas mágicas que no tienen explicación. Decidme, si no, por qué pasa lo que os contaré ahora: Guillem y yo siempre nos ponemos a jugar en el agua delante de mi padre y él nos vigila mientras lee. Pero, cuando pasa un rato, papá ya no está allí;

ha desaparecido. De pronto, oímos su voz lejos y lo vemos levantado y moviendo el brazo para que nos acerquemos donde está. Habíamos empezado a jugar justo delante de él y, como si alguien nos hubiera empujado por encima de la arena haciendo magia, nos hemos ido lejos de donde estábamos. No entiendo cómo pasan estas cosas... ¿Cómo he llegado hasta la otra punta de la playa sin darme cuenta? Como las olas, otra cosa mágica. ¿De dónde salen las olas?, ¿por qué todo el día hay olas sin parar?, ¿quién las fabrica? No descansan nunca... Quizá, cuando sea mayor, sabré por qué las olas no se cansan de bailar en el mar. Porque parece que bailen, ¿verdad?

CAPÍTULO 5: ¿QUÉ ES ESO BRILLANTE QUE CAMINA?

Bien, como os decía hace un rato —bastante rato, lo sé—, por fin había llegado el verano. Hacía dos semanas que habíamos empezado las vacaciones y, después de pasar unos días con mamá, íbamos a pasar otros tantos con papá. Esa mañana cogimos las toallas, la sombrilla, la nevera y nuestro coche y fuimos hacia nuestra playa de siempre, la del Faro. Hicimos el viaje con muchas risas en el coche y sin palabras serias. Papá estaba contento porque tenía ganas de vernos y nos decía que habíamos sacado buenas notas y que mamá le había contado que hacía unos cuantos días que no nos peleábamos ni discutíamos.

—Me gusta cuando veo que os queréis y respetáis —dijo.

Claro, es que Guillem no estaba tan *plasta* y no hacía muchas preguntas, así que todo era más fácil, porque mis orejas tenían un color normal y yo estaba menos nervioso. Además, yo llevaba unos días concentrado en lo que me había dicho papá de la prueba de amor. Hasta me había hecho una lista nueva: *Gente que no conozco y que tiene posibilidades de recibir una prueba de amor*, de la que había eliminado a Messi y a Piqué porque no sabía dónde vivían y, claro, no iba a perder el tiempo.

No nos dimos cuenta y ya estábamos aparcando en el parking de arena. Era nuestro día de suerte, seguro, porque también cogimos un sitio justo delante del agua, que es donde más le gusta ponerse a papá, porque dice que así nos vigila mejor. Sacamos las toallas y las palas, papá nos puso crema y Guillem y yo empezamos a jugar. Después de un buen rato jugando, cuando Guillem iba por su tercer último punto y yo todavía no me había puesto nervioso, pasó algo especial: iba a sacar y hubo un

rayo de luz brillante que me molestó. Lo había visto detrás de Guillem, que esperaba la pelota. Miré a Guillem, que me dijo que sacara, y, al querer intentarlo de nuevo, otra luz brillante volvió a llamar mi atención.

—¿Quieres sacar de una vez? —me dijo Guillem, ya nervioso.

Miré a ver qué era y, de pronto, vi una persona que no había visto hasta entonces en nuestra playa: un señor altísimo y de color negro. Llevaba algo en las manos y lo enseñaba a los que estaban sentados en las toallas. Lo vi acercarse poco a poco y me di cuenta de que tenía una mochila que parecía llenísima y de la que colgaban unas cosas redondas que brillaban un montón y que resultaron ser pulseras y medallas con un cordón largo para que se las pusiera quien las comprara. ¿Quién era aquel señor y qué hacía en la playa? Como si alguien me lo ordenara, dejé de jugar a las palas y me senté en mi toalla, al lado de la silla de papá. Guillem se enfadó, pero le dije que esperara un momento.

—Solo un momento, Guillem, ahora seguimos jugando.

—Que te prometo que es el último punto, Sergi, te lo juro.
¡¡Es *match point*!!

—Guillem, ¿habías visto a ese señor antes?

—Pero ¿qué señor?

Guillem no se había dado cuenta del hombre que enseñaba toallas de colores y que llevaba una mochila que brillaba. Este seguía andando muy poco a poco, sonriendo. No se paraba en ningún momento y no descansaba; aunque, por la manera de caminar, parecía que le hacía falta sentarse un rato. Llevaba una camiseta roja de manga larga y unos pantalones negros también largos, y tenía la frente y la cara muy brillantes, llenas de sudor. Cuando estuvo cerca, hablando con los señores que estaban tumbados a nuestro lado, me di cuenta de que hablaba un poco raro, pero se le entendía muy bien. Entonces se puso delante de donde estaba sentado con papá y nos enseñó lo que llevaba en las manos: una toalla muy grande de color azul y amarillo, con unos dibujos rojos y negros. Era muy bonita. Me miró con una sonrisa en la que se le veían todos los dientes blancos.

—Hola, qué toallas más chulas tienes —le dije.
—Hola, ¿te gustan?
—Son muy chulas. Yo también tengo una, es azul —le dije.
—Sí, ya la veo, es muy bonita. Esto es algo más fino que tu toalla, se llama pareo.
—También tienes pulseras y colgantes muy brillantes. Nunca te había visto por aquí, y mira que vengo muchas veces.
—Bueno, suelo venir por esta zona de la costa algunos días. Esta playa no hace mucho que la descubrí. Igual los días que vine no estabas.
—¿Te gusta algún colgante, Sergi? —me dijo papá.
El señor me acercó algunos colgantes muy brillantes para que los mirara. No sabía cuál coger, porque todos eran muy bonitos, pero había uno que colgaba de una cuerda roja, brillaba y era plateado con una S muy bonita. Me pareció tan chulo...
—¿Puedo quedarme este, papá, por favor?
—Claro —me contestó. Y luego preguntó a aquel hombre—: ¿No tienes otro igual con una G?, para su hermano Guillem.
—No, hoy no, pero en dos días lo tendré si quiere.
—¿Cómo te llamas? —le pregunté antes de que mi padre pudiera responder a su pregunta.
—Moussa. Tú, Sergi y tu hermano, Guillem, ¿no?
—Sí. Moussa... Nunca lo había oído. ¿De qué país eres?
—De Senegal. —Se giró y miró al mar señalando con el dedo—. ¿Ves allí donde el cielo toca el mar? Pues de allí vengo.
—¿Quieres sentarte un rato y descansar? Igual tienes sed, ¿quieres limonada?
—Eres muy amable, pero ahora no puedo, Sergi, tengo que seguir vendiendo.
—Otro día le invitamos a un refresco y hablamos con él, ¿vale, hijo? Ahora no hemos de molestarle. ¿Cuánto te debo por el colgante, Moussa? —dijo papá.
—Tres euros.
—Aquí tienes.
—Muchas gracias. Ha sido un placer conocerte, Sergi. Espero que nos volvamos a ver pronto.

—Adiós, Moussa.

Me miró con una sonrisa muy blanca y se alejó despacio, hablando con unos y otros, igual que había llegado, con las pulseiras haciendo destellos de luz. Mientras veía cómo se iba, noté que papá me observaba. Yo seguí mirando a Moussa sin decir nada hasta que la arena me lo tapó y se fue del todo.

No sé cómo explicároslo, pero me acababa de ocurrir una cosa mágica: cuando Moussa me había mirado, había notado que era un hombre bueno, muy bueno. Un poco como me había ocurrido con Hugo el día que me había explicado que le daba vergüenza reírse.

Papá me preguntó si estaba bien y le dije que muy bien... Entonces sentí que tenía que incluir un nombre más a mi lista para hacer una prueba de amor. Y también que tenía que tachar unos cuantos.

CAPÍTULO 6: UNA LIMONADA LLENA DE PREGUNTAS

Dos días después de conocer a Moussa, ya tenía ganas de volver a verlo. Quería saber por qué vendía pareos, pulseras y dónde estaba su casa. Creo que, de tanto estar con Guillem, me había pegado el querer hacer preguntas. Íbamos en el coche hacia la playa y solo podía pensar en si nos lo encontraríamos. Esta vez el camino se me hizo un poco más largo que de costumbre, pero finalmente llegamos y empecé a sacar las toallas; Guillem hizo una portería mientras papá ponía la sombrilla. Miré a los dos lados, pero no vi a Moussa y Guillem y yo empezamos a jugar con la pelota. De pronto vi a lo lejos un señor que se acercaba; sin embargo, cuando estaba cerca, me di cuenta de que no era él; ni era tan alto, ni le brillaban los lados de la mochila. Eso pasó unas tres veces más con tres señores distintos. ¡Era curioso porque, antes de conocer a Moussa, no había visto a ningún señor vendiendo pareos! O igual no me había fijado...

—Papá, ¿tú habías visto antes otros señores como Moussa vendiendo pareos en la playa?

—Sí, Sergi, cada día pasan varios vendedores por aquí —me dijo.

—¡Qué fuerte! Pues nunca me había dado cuenta.

—Estarías jugando y no te fijarías —contestó con una sonrisa. Y luego añadió—: Mira, creo que Moussa viene por ahí.

Era verdad, un poco más lejos estaba él. Lo conocí por su manera de andar y por cómo le brillaba la mochila. Llevaba unos pantalones de chándal y una camiseta verde de manga larga. Con el calor que hacía y de manga larga... Se acercaba poco a poco, con su sonrisa de dientes blancos, y de vez en cuando se

paraba a hablar con la gente, sacaba algún pareo de su mochila y lo enseñaba; no vi a nadie que le comprara ninguno. Cuando Guillem vio que me sentaba en mi toalla, se fue al agua a nadar. Moussa no estaba muy lejos, pero se me hizo largo el tiempo hasta que llegó a mi lado.

—Hola, Sergi. ¿Cómo estás?

—Hola, Moussa. Bien, ¿y tú? ¿Has vendido muchos pareos?

—Hoy no muchos, pero todavía es pronto.

—Te invito a una limonada. Seguro que un poco puedes descansar ¿no?

—Además yo quiero comprarme un pareo y seguro que ya tienes el colgante de Guillem, ¿verdad? —dijo papá mirando a Moussa.

Moussa dejó su mochila en la arena, le dejé un sitio en mi toalla y se sentó. Entonces sacó de su mochila el colgante con una G que brillaba, como el mío. Guillem salió del agua al ver a Moussa y este le dio el colgante. Mi hermano le dijo «gracias» y se tumbó a mi lado.

—Tenía ganas de verte y de hablar contigo, ¿sabes? —le dije mientras le daba un vaso de limonada fresquita.

—¿Cómo me voy a negar a una invitación así? —me dijo después de beber un poco de refresco.

Moussa me miraba con esos ojos de persona buena del otro día. Estaba contento porque lo había vuelto a ver y porque ahora estaba hablando conmigo. Tenía tantas preguntas en mi cabeza que no sabía por cuál empezar...

—¿Tienes hijos?

—Sí. Y mujer. Ella se llama Awa y mis hijos, Hamadou y Mariama.

—¿Dónde están?, ¿aquí en la playa?

—No. Ellos están en Senegal. ¿Recuerdas? Allí, donde el mar toca al cielo —me dijo señalándome hacia el agua.

—Pero entonces no los podrás ver luego, cuando vayas a tu casa, ¿no? —Él negó con la cabeza y yo insistí—: ¿Por qué no están contigo?

—Yo he tenido que venir aquí porque allí no había trabajo. Y les mando dinero desde aquí para que ellos puedan comer, comprarse ropa e ir al colegio.

Me resultaba imposible imaginar lo que me estaba diciendo, pero sabía que era verdad, pues se lo notaba en sus ojos, aunque ahora no estaban tan alegres como antes. Seguía bebiendo la limonada, pero se la estaba acabando y yo no quería que se fuera todavía; tenía más preguntas y muchas cosas de él que quería saber.

—Entonces algún día tú te irás a Senegal, ¿no? ¿O van a venir ellos aquí?

—No lo sé, Sergi. Todavía no...

—Mira, Sergi, si le parece bien a Moussa —mi padre lo miró con una sonrisa—, vamos a hacer una cosa: ahora le vamos a comprar el pareo que más os guste, ¿vale? Y un día lo invitamos a otra limonada, pero en casa, que veo que tienes muchas preguntas. ¿Qué te parece?

—¡¡¡Me parece genial, papá!!!

—Oh, no, por favor. No quiero causarles molestias... —dijo mirando a mi padre.

—No es molestia, de verdad. Al contrario —contestó él.

—Por favor, Moussa, no digas que no. Me hace mucha ilusión que vengas a ver mi casa. Porfi... Di que sí. Porfi...

—Y a mí también me hace *ilu* —soltó Guillem.

—Ya lo ves, Moussa, no sé si te podrás negar... Mis hijos son un poco cabezones.

Y así fue como Moussa dijo que sí a nuestra invitación, le compramos un pareo azul de color cielo superchulo y, antes de irse, se intercambiaron los números de teléfono con mi padre. Entonces Moussa le apretó la mano a papá, y a mí y a Guillem nos dio un abrazo mientras nos daba las gracias con los ojos alegres. Vimos cómo se iba por la playa enseñando sus pareos y pulseras a la gente y creo que se iba contento, más contento que cuando había llegado. Parecía que ahora no andaba tan cansado, como si la limonada le hubiera dado fuerzas. Papá me miró, y no dijo nada, solo habló con los ojos durante un ratito.

Guillem y yo nos acercamos a él y lo abrazamos fuerte.

—Gracias, papá. Estoy muy contento —le dije.

—Y yo también —añadió Guillem.

Nos sonrió y, después de abrazarnos, se arrodilló para que su cara estuviera frente a las nuestras y nos dio un beso a cada uno antes de decirnos que fuéramos a jugar al agua. Cuando llegué a la orilla, volví para atrás.

—Ya sé a quién le haré la prueba de amor, papá.

—Creo que yo también —me dijo.

—¿Te parece que he escogido bien?

—Me parecerá estupendo a quien elijas. ¿Y sabes lo mejor? Que tú no lo sabes, pero tu prueba de amor ya hace unos días que la empezaste: tu corazón eligió a Moussa desde que lo viste el primer día y ahora tu cabeza se ha dado cuenta.

—Quiero que mi prueba de amor sea que Moussa venga a casa y descanse. Porque me parece que eso de vender pareos en la playa agota mucho.

—Creo que ya lo imaginaba. Si es eso lo que quieres, así será —dijo papá.

Después de la playa, al llegar a casa, Guillem y yo hablamos de que los papás son listos, muy listos, porque pensamos cosas o nos ocurren y, cuando se las explicamos, ellos nos dicen que ya sabían que nos estaba pasando algo... Y esta vez también papá sabía, antes de que se lo dijera, que Moussa había ganado a todos los nombres de mi lista de gente desconocida a quien hacer una prueba de amor.

Es verdad que, cuando vi a Moussa el primer día, algo dentro de mí, un poco más arriba de mi barriga, me empezó a hablar, aunque en aquel momento no entendí qué me decía ni por qué. Solo supe que quería estar cerca de él y saber qué hacía en nuestra playa. Su mirada de hombre bueno me recordó a la de Hugo y papá se dio cuenta de todo esto. No sé cómo, pero fue así. Y, después de hablar con él, supe que el mejor regalo del verano no iban a ser los helados de vainilla y chocolate, ni las piscinas con muchos toboganes donde vamos cada año... El mejor regalo del verano iba a ser tener un nuevo amigo, Moussa, y poder hacerle mi prueba de amor.

CAPÍTULO 7: POLLO CON PATATAS FRITAS

Se me hizo muy largo esperar a que papá llamara a Moussa para saber qué día le iba bien venir. Finalmente, tres días después de nuestro segundo encuentro en la playa, me dijo que vendría el martes siguiente a media mañana, y os tengo que decir que la noche antes no tenía sueño; ino sé el rato que estuve en la cama con los ojos abiertos sin poder dormir!

Por la mañana, cogimos el coche y fuimos para la playa, aunque sin toallas ni nevera. Papá le había dicho a Moussa que se esperara al lado de una plaza del pueblo de la playa, donde hay muchos restaurantes y tiendas, y cuando llegamos ya estaba allí, esperándonos con su sonrisa blanca; creo que estaba feliz. Esta vez no iba en pantalón de chándal ni con manga larga, sino que llevaba un pantalón corto tejano como el mío, unas bambas blancas y una camisa de flores con muchos colores. Parecía otro Moussa. Le dijimos «hola», se puso en el asiento de delante y estuvo hablando con papá todo el camino. Yo me estaba guardando muchas preguntas para cuando llegáramos a casa, pues no quería que Moussa se girara porque papá nos dice siempre que hay que ir bien sentados en el coche y mirando hacia delante.

Cuando por fin llegamos, le enseñamos toda nuestra casa. Vio la canasta de básquet del garaje donde hacemos triples y la piscina donde Guillem y yo jugamos a hacer *superbombas* desde el trampolín. Después subimos a mi habitación y le enseñé mi enorme armario blanco, mi cama con mis tres peluches favoritos para dormir —Pristo, Darma y Blenda—, la mesa donde hago los deberes y también toda mi colección de Pokémon, mi

ordenador, mi álbum de fotos con papá y Guillem, y el que tengo con mis amigos del cole y mis fiestas de cumple. Entonces le pedí que se tumbara en mi cama para que viera qué blandita era y le enseñé mis cromos de fútbol de la liga SuperStar Champion 2022-2023 con toda mi lista de *faltis* y él me dijo que su equipo favorito era el París Sant Germain. Papá me decía que fuera poco a poco, que Moussa se iba a marear con tanta información, pero tenía tantas ganas de que viera cómo era la casa... Guillem también le enseñó su habitación y después bajamos a comer. Moussa solo decía una cosa todo el rato: «qué casa más chula tenéis; madre mía, parece un palacio».

Papá hizo una comida buenísima que nos encanta a Guillem y a mí: pollo con patatas fritas. ¡¡Estaba buenísimo!! Tenía tanta hambre que repetí. A Moussa también le gustaba mucho y nos dijo que hacía tiempo que no comía un pollo tan rico. Nos explicó que en Senegal hacen un pollo que se llama «pollo Yassa» y que se hace con limón y cebolla. Nos contó que le ponen arroz blanco o unos granitos blancos de trigo que se llama cuscús para comerlo todo junto y dijo que también está muy bueno; nos prometió que nos lo haría un día para que lo probáramos. Me gustó mucho ver a Moussa sentado en nuestra mesa, haciendo bromas con papá y con nosotros; nos reímos mucho. Y también me gustó escucharlo hablar de su país. Nos contó muchas cosas, como que cuando se saludan dicen *salam aleykoun* —una palabra que me dio mucha risa porque Moussa la decía muy deprisa—, o que comen toda la familia cogiendo la comida de la misma sartén y sentados en taburetes. Eso me pareció un poco raro, porque a mí me parece que es mejor comer en sillas y cada uno de su plato, pero si ellos están bien así... «Son las costumbres», dijo papá. Y se ve que cada país tiene las suyas. Moussa nos contó que Senegal también tiene mar y que hace calor durante todo el año; que la gente es muy hospitalaria y amable y que les gusta mucho bailar. ¡Ah! Y que tienen un deporte muy famoso que no es el fútbol ni el básquet y que se llama «lucha senegalesa». Yo, la verdad, no entiendo cómo puede ser un deporte si se pelean...

El caso es que lo pasamos muy bien. Moussa estaba contento y tenía los ojos brillantes como si tuviera una luz dentro. Y estábamos todos tan a gusto que parecía que no fuera la primera vez que venía a casa, como si se tratara de un amigo de hacía mucho tiempo. De todos modos, había cosas que yo no entendía y las preguntas no paraban de venirme a la cabeza:

—¿Pero aquí dónde vives?, ¿cerca de la playa?

—No, vivo en las afueras de Arenys de Mar, donde acaba el pueblo. Somos cinco amigos del Senegal que vivimos juntos. Tengo una habitación para mí.

—Moussa, si tu país es tan bonito, ¿por qué viniste aquí?

—Tuve que venir porque allí no hay trabajo y tenía que dar de comer a mi mujer e hijos y poder hacer que fueran a la escuela.

—Pero si no tenías dinero, ¿cómo viniste? Senegal está muy lejos.

—Vine hace un año en patera, un barco pequeño de goma con mucha gente dentro. Todo el dinero que tenía ahorrado fue lo que me costó el viaje y todavía tuve que pedir prestado. Tardamos seis días en llegar y fue un poco difícil, pues había muchas olas y yo no sé nadar.

—¿Y no pasaste mucho miedo?

—Sí, pero no había más opción que esa; lo tenía que hacer por mis hijos y mi mujer. El miedo lo tuve que dejar escondido. Solo pensaba en su sonrisa durante todo el viaje.

No entendía por qué Moussa había venido en un barco sin saber nadar, dejando a su familia allí. ¡Yo no me hubiera atrevido!

Justo después, vi que había desaparecido la luz de dentro de sus ojos. Papá me miraba y creo que sabía que había cosas que decía Moussa que yo no entendía muy bien; a pesar de ello, quería seguir haciendo preguntas. Su mirada buena me daba confianza para seguir.

—¿Cómo es Senegal, Moussa?

—Es un país muy bonito, Sergi. Si fueras, seguro que te encantaría; pero los señores que mandan, los políticos, no han he-

cho bien su trabajo. Han preferido hacerse ricos ellos y dejar a mucha gente sin trabajo. Y a muchos les cuesta poder tener dinero todo el mes para comer. Yo soy químico, fui a la Universidad en Dakar y estuve mucho tiempo buscando trabajo, pero no encontré. Y al final, el año pasado, tuve que venir aquí, a Catalunya —respondió.

—Pero entonces... ¿cuánto hace que no ves a tu familia? —le pregunté.

—Un poco más de un año. El otro día me preguntaste si me iba a ir yo o vendrían ellos, ¿te acuerdas?

—Sí, me acuerdo. Y creo que no lo sabías.

—Pues esa noche, después de tu pregunta, estuve pensando y estoy seguro de que podré hacer que vengan. Encontraré un trabajo que me permita conseguir los papeles y entonces ellos podrán venir a vivir aquí conmigo —me dijo sonriendo.

—Ya tienes un trabajo vendiendo pareos en la playa, ¿no?

—Bueno, digamos que de momento tengo este, pero quiero encontrar otro donde no tenga que andar tanto —contestó.

—Oye, ¿y si recogemos y me ayudáis a sacar el pastel que hay de postre? —dijo papá.

Mientras lo decía, se levantó y empezó a llevar los platos a la cocina. Moussa nos guiñó un ojo a Guillem y a mí sonriendo, e hizo lo mismo con el suyo y con la jarra de agua. Después recogimos lo que quedaba en la mesa y nos ayudó a poner los cubiertos pequeños del postre mientras papá cortaba el pastel y empezaba a repartir los platos. ¡Mmmmmm, qué bueno estaba el pastel! Después de recoger toda la mesa, estuve con Moussa enjuagando los platos y poniéndolos en el lavaplatos. Nos costó un poco colocarlos todos dentro, porque Moussa no sabía cómo se ponían; siempre se equivocaba y los ponía de una forma que chocaban y no cerraba la puerta. Nos reímos mucho hasta que, al final, pudimos meterlos todos.

Al terminar, nos sentamos un rato en el sofá y Guillem y yo le quisimos enseñar a Moussa más fotos que tenemos de las vacaciones y él se reía mucho porque en algunas salimos con

unas caras... Además, papá se acordaba de cada uno de los momentos que salían en las fotos y no dejaba de contar anécdotas graciosas.

Hubo un momento en que Moussa sacó su móvil del bolsillo y nos dijo:

—A mí también me gustaría enseñaros fotos de mi familia.

—¿A ver? —dijimos a la vez Guillem y yo.

Entonces Moussa nos enseñó una foto en la que se veían dos niños, iban descalzos. El niño llevaba una camiseta de fútbol en la que ponía «PSG» de color azul y rojo, y un pantalón corto negro. La camiseta no parecía muy nueva, tenía agujeros. Y la niña, que era más alta que el niño, llevaba un vestido verde de tirantes. Tenían los ojos grandes y reían. En medio de los dos, agarrándolos de los hombros, estaba su madre con un vestido de rayas verde, negro y amarillo, y un pañuelo en la cabeza. Era raro, porque no reía ni tampoco estaba seria; parecía que se aguantaba la risa...

—Esta es Awa, mi mujer, y estos son Hamadou y Mariama.

—¿Qué edad tienen? —le pregunté.

—Mariama tiene doce años y Hamadou nueve.

—¿Por qué van descalzos? —preguntó Guillem.

—Cuando juegan cerca de casa, lo hacen así. Están acostumbrados a ir descalzos. Cuando van al colegio sí que llevan sus zapatillas, porque tienen que andar una hora hasta llegar a la escuela, que está en otro pueblo. Pero yo también juego a fútbol con ellos descalzo, ¿eh?

—¿Tienen playa? —preguntó Guillem.

—No, en nuestro pueblo no hay playa, pero seguro que les encantaría... —nos dijo con una pequeña sonrisa.

No conocía mucho a Moussa, solo hacía unos días que lo había visto por primera vez en la playa vendiendo pareos, pero cuando estaba a su lado me parecía que había ido a todas mis fiestas de cumpleaños y notaba que sus ojos hablaban, como me hablan los de papá. Y ahora veía, de nuevo, que la luz de su mirada se había ido; se iba cada vez que hablaba de su familia. Yo

no entendía por qué sus hijos iban descalzos y con una camiseta vieja, ni por qué tenían que andar una hora para ir al colegio en lugar de ir en autobús.

Moussa nos enseñó más fotos y en todas ellas sus hijos salían riendo; se les veía contentos. Había algunas imágenes de Hamadou jugando al fútbol con sus amigos; nadie llevaba bambas, muchos iban sin camiseta, y a veces Hamadou también. Moussa nos explicaba que eran buenos chicos y que les gustaba estudiar, y añadió que estaba muy orgulloso de ellos, algo que papá y mamá siempre nos dicen a Guillem y a mí.

Después de ver aquellas fotos, me sentí raro y me acordé de aquello que repite siempre papá, que vivimos «en un lugar privilegiado», y pensé que debe ser algo como no tener que subir a una barca de goma sin saber nadar...

Papá, que me miraba y es muy listo, también notó que estaba raro.

—Oye, yo creo que ya es hora de ir a darse un buen baño, ¿no os parece? Moussa, te voy a dejar un bañador; y vosotros dos, id a cambiaros —dijo levantándose del sofá.

Estuvimos toda la tarde los cuatro en el agua, jugando a voleibol y riéndonos de las tonterías que hacía papá. Vi a Moussa contento otra vez y eso hizo que se me pasara la tarde muy deprisa. Después de secarnos y cambiarnos de ropa de nuevo, cogimos el coche para llevar a Moussa hasta su casa y, cuando llegamos a la plaza donde nos había estado esperando antes, nos bajamos del coche para decirle adiós.

—Muchas gracias por todo este maravilloso día. Me habéis hecho muy feliz —dijo Moussa.

—Gracias a ti por venir. El placer ha sido también para nosotros. Y la próxima vez nos haces tu «pollo Yassa» —dijo papá sonriendo y apretándole la mano mientras le tocaba el hombro.

Moussa se agachó un poco y su cara quedó delante de la nuestra. Entonces nos miró un momento, nos abrazó fuerte a Guillem y a mí durante un ratito y nos dio un beso en la frente.

—Gracias por vuestro pollo y vuestras preguntas. Me habéis hecho estar cerca de mi familia con vuestra compañía —nos dijo con los ojos brillantes.

—¿Vendrás otro día? —le pregunté.

—Si queréis, claro que sí —nos contestó.

Luego nos subimos al coche y nos dijo adiós con la mano. Se había hecho de noche y se me había pasado el día muy deprisa. De vuelta a casa me volví a sentir raro: estaba contento y triste a la vez... Además, tenía muchas preguntas en la cabeza sobre cosas que nos había explicado Moussa y que no entendía. Guillem se había dormido y papá me miraba de vez en cuando por el espejo retrovisor y me sonreía.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí. Bueno... No sé.

La verdad es que era una pequeña mentira, pero es que no sabía cómo explicarle a papá cómo me sentía. Había sido un día muy *chuli*. Estaba contento de verme puestas mis bambas Nike pero triste porque me acordaba de que Mariama y Hamadou solo tenían unas zapatillas. Era feliz porque mi cole estaba a cinco minutos de casa en coche, y no me imaginaba cómo llegaría de cansado si estuviera a una hora andando. Y yo sabía que lloraría mucho si durante un año no pudiera ver a papá y a mamá; como están separados y además mamá viaja mucho por trabajo, a veces estamos algunas semanas sin ver a uno o a otro, ¡pero nunca estamos demasiado tiempo sin ellos!

Si una prueba de amor puede ser una sonrisa, una broma o una caricia, también puede ser un deseo, y a lo mejor ese deseo se convierte en realidad. Papá siempre me dice que si quiero algo, para que se convierta en realidad, hay que pensarlo cada día muy fuerte, imaginarte que está pasando y pedirlo al cielo. Había hecho una prueba de amor con Moussa, que ahora era nuestro amigo, y le había invitado a nuestra casa, pero quería hacer otra.

—¿Puedo hacer una segunda prueba de amor, papá? Lo que pasa es que a lo mejor es muy difícil...

—Para las pruebas de amor no hay nada imposible —dijo papá.

—Pues quiero que Moussa vea a sus hijos y a su mujer, que vengan aquí con él. Aunque no sé qué hacer para conseguirlo...

—No tienes que hacer nada, Sergi. Solo pedirlo al cielo, creer que se puede cumplir, imaginarlos juntos y esperar.

Cuando llegamos a casa, quería hablar con papá, pero estaba muy cansado y el sueño no me dejó. Me metí en la cama e imité a Guillem: me dormí enseguida.

CAPÍTULO 8: VOY A PEDIR UN DESEO

Al día siguiente, me levanté tarde; tenía bastante sueño y había dormido mucho y de un tirón. Cuando bajé a desayunar, papá estaba en el sofá leyendo el periódico y Guillem jugaba en la piscina con la canasta flotante. Tenía muchas frases de Moussa en la cabeza que no acababa de entender y eso hacía que estuviera raro todavía. Papá me dio los buenos días, me puso el bol de cereales con leche, se sentó enfrente de mí en la mesa y me miró con esa sonrisa que me habla.

—¿Cómo estás?, ¿has descansado bien?

—Sí, papá, pero pienso en lo que ayer nos contó Moussa y hay cosas que no entiendo muy bien por qué las hizo, como eso de venir de su país en un barco de goma sin saber nadar.

—¿Recuerdas cuando te digo que vivimos en un lugar privilegiado? —Yo asentí con la cabeza—. Puede que no siempre entiendas qué quiero decir con eso, pero el caso es que aquí tenemos una casa de cemento y ladrillos donde no hace frío, y hasta tiene una piscina para el verano. Yo tengo un trabajo y tú vas al colegio y tenemos un coche que nos lleva donde queramos. Y con mamá vivís igual de bien. Además, podemos ir al cine, jugar en la playa y hacer fiestas con los amigos. Y dos cosas muy importantes: no hay guerras entre nuestros vecinos y cada día tenemos un plato de comida en la mesa. De hecho, podemos incluso tener las bambas que queramos y comprarnos otras cuando nos crece el pie. Moussa y su familia no tienen esa suerte, y no han hecho nada malo para que eso sea así, ¿entiendes? Simplemente han nacido en otra parte del mundo con menos privilegios que nosotros, nada más. Pero son tan buenas

personas como nosotros. Y esto que has descubierto te ha de servir para valorar, apreciar y, sobre todo, agradecer todo lo que te rodea y la suerte que tienes.

—Es que para mí todo eso que dices que tenemos es lo normal. No había pensado nunca que disfrutar de ello fuera tener suerte. Ni había pensado que hay niños que no lo tienen.

—Tú acabas de descubrir un nuevo mundo gracias a Moussa, Sergi; él te ha explicado una realidad que sucede más cerca de aquí de lo que nos imaginamos. Vino en una lancha de goma, sin saber nadar, por amor a sus hijos y a su mujer, y porque era su única oportunidad de conseguir lo mejor para ellos. Les hizo una prueba de amor enorme; pues, para dar una vida mejor a su familia, arriesgó la suya. Y se ha de ser muy valiente y querer mucho a alguien para hacer lo que hizo.

—Moussa es nuestro amigo, pero hay otros señores como él que venden cosas en la playa. ¿A todos les ha pasado lo mismo?

—Es muy posible, cariño. Cada vez que vemos a alguien vendiendo pareos o bolsos o bambas en la playa hemos de imaginar que con él hay una familia que no vemos; una esposa o unos hijos, que juegan descalzos al fútbol, que esperan poder recibir algo de su padre para comer y vivir mejor, y que se pasan mucho tiempo sin verlo. Nosotros hemos conocido a uno, pero hay muchos Moussa en la playa, por desgracia.

Papá se acercó donde yo estaba, me cogió de la mano y, al ver mi cara triste, me dio un beso.

—Me gustaría ayudar a Moussa, papá. Sería muy chulo que viera a su familia, que pudieran estar juntos... Pero no sé qué hacer para que eso pase; es como pedir un milagro.

—Pídelo fuerte, pídelo de verdad, imagínate que están juntos, que vuelve a jugar con sus hijos y ya está. Los milagros a veces se cumplen.

—Estar triste por todo esto que te explico... ¿es malo, papá? Porque me siento algo raro desde ayer y no sabía cómo explicártelo. A veces noto que me pesa la barriga y tengo ganas de llorar.

—Estar triste no es malo, Sergi. Y demostrar sentimientos,

llorar, por ejemplo, tampoco. Te haces preguntas y eso es una prueba de que te estás haciendo mayor. No tienes que preocuparte por no saber encontrar las respuestas todavía. Estas están en tu cabeza y en tu corazón, solo es cuestión de tiempo.

—¿Cuando me haga mayor encontraré todas las respuestas?

—Algunas sí y otras no. Lo importante es que siempre te hagas preguntas y no tirar la toalla, porque hay respuestas que no encontrarás enseguida, que pueden tardar años en aparecer; pero al final topará con ellas. La clave es siempre hacerse preguntas. Todas las respuestas forman parte de nuestra evolución como personas. Hace tiempo veíamos las cosas de una manera y ahora las vemos de otra, simplemente porque nos hemos hecho mayores y hemos madurado. Y todas las respuestas son válidas, todas nos sirven. Tú te hiciste preguntas con Moussa y la respuesta ha sido que quieres que esté de nuevo con su familia, porque tu corazón y tu cabeza así lo desean.

—¿Cuándo volveremos a ver a Moussa?

—Creo que sería una buena idea invitarlo el mes que viene a vuestra fiesta de cumpleaños, ¿qué te parece?

—Me gustaría mucho, papá. Gracias.

—No me des las gracias a mí, dáselas a tu corazón. Y ahora acábate la leche y vamos a jugar con Guillem, que te está esperando desde que se ha levantado.

Seguía sintiéndome raro, pero estaba un poco mejor que cuando había empezado a hablar con papá; hasta me notaba un poco más alto. Sería que me había hecho mayor... ¡Y eso que solo habíamos hablado quince minutos! Después de la charla, me prometí dos cosas: una iba a ser desear muy fuerte que Moussa volviera a ver a sus hijos; iba a imaginar que volvía a jugar con ellos cada día. Y la otra sería darme cuenta de todo lo que tengo y que no tienen otros niños, de todo lo que puedo hacer durante un día. Me prometí que nunca más pensaría que un día es aburrido y que no me enfadaría si papá o mamá no me dejaban jugar o tenía que estudiar, porque hay muchos niños que no lo pueden hacer nunca, que no tienen muchas cosas que

tengo yo. Y, sobre todo, que tengo una familia y amigos que me quieren un montón.

Aquel día entendí de verdad qué es vivir en un sitio privilegiado. Y, como yo vivo aquí, quiere decir que también soy un privilegiado. ¡Qué tonto no haberme dado cuenta antes!

CAPÍTULO 9: UNA FIESTA DE CUMPLE DIFERENTE

Unos días después de la vuelta al cole, llegó uno de los momentos más especiales del año: nuestro cumple. Guillem y yo ya teníamos once años y papá nos dijo —como nos dice siempre— que nos estábamos haciendo mayores muy deprisa. Lo preparamos todo para nuestra fiesta: pusimos globos por todo el jardín, papá hizo un montón de bocadillos de jamón, queso, nocilla, fuet y chorizo, y había muchas botellas de limonada, cola y algunas de vino para los mayores. Guillem y yo habíamos hecho una lista de ocho invitados cada uno y casi ninguno falló: Hugo, Unai, Carla, Mario, Dairon, Ariadna, Roc y muchos más; solo Eric no pudo ir. Todos llegaron después de comer con un montón de regalos que fuimos dejando en nuestras habitaciones para abrirlos más tarde, porque primero iríamos a la bolera y después seguiríamos con la fiesta en casa. ¡Ah! También invitamos a nuestros vecinos, Luca y Neela, y a sus padres. Y vinieron mis abuelos y tíos de Barcelona. Mamá no, porque estaba de viaje por trabajo, pero con ella ya lo habíamos celebrado antes.

Yo esperaba que Moussa llegara pronto, pero ya habían empezado a presentarse todos y él no había llegado todavía. Entonces papá me dijo que lo había llamado la semana anterior y dos días antes para recordarle que lo esperábamos, pero que tenía el teléfono apagado las dos veces. Le pedí que me dejara llamarlo, pues íbamos a salir pronto para la bolera, y después de un rato al teléfono me habló una señora diciendo que el móvil estaba apagado y que dejara un mensaje si quería. Me pareció un poco raro, pero quise hablar con él de todos modos:

—Hola, Moussa, soy Sergi. Hemos empezado la fiesta, pero

no estás, espero que vengas pronto. Ahora vamos a la bolera porque mis amigos ya tienen ganas de ir. Por favor, llama a papá y te dirá dónde estamos, ¿vale? ¡Te esperamos!

Le di el teléfono a papá y él, cuando vio mi cara un poco triste y un poco alegre, se agachó y me cogió de los hombros con una cara muy sonriente.

—No te preocupes, Sergi, seguro que en cualquier momento llama a la puerta o viene más tarde. Vamos, que la bolera nos espera.

Ariadna, Mario y Unai fueron a buscarme gritando que los demás ya estaban montando en los coches y empezamos a salir. Hugo vino con nosotros y me hizo reír mucho en el camino. Y es que, aunque todos dicen que yo soy muy divertido, yo creo que él lo es mucho más, porque, aunque sigue sin reírse mucho y habla poco, cuando cuenta algo lo hace *muuuuuuuuuuuu* serio —¡hasta los chistes!—, y es supergracioso.

Al llegar a la bolera, nos dividimos en dos equipos y estuvimos jugando mucho rato. ¡Estábamos todos muy cómicos con esos zapatos que te hacen poner! Jugamos tres partidas y mi equipo ganó dos; la otra la perdimos por solo tres puntos. Y yo hice cinco *strikes* gracias a un truco que tengo: cuando los demás cogen la primera bola que sale del aparato que las devuelve, yo me espero a que salga una bola que antes he cogido y que sé que pesa menos que el resto. Entonces siempre tiro con la misma y ¡casi siempre gano!

Ya en casa y después de merendar, mientras unos jugaban a la Play en el comedor, otros fuimos a jugar al fútbol al césped y a básquet. También hicimos un campeonato de ping-pong en el garaje y papá nos hizo un montón de fotos con el móvil. Y llegó el momento de abrir los regalos! Nos pusimos todos en el comedor y cada uno de mis amigos nos dio el paquete que abrimos delante de todos. ¡¡Bufffff!! Había un montón de cosas: ropa, juegos para la playa, un patinete, un estuche muy chulo con colonia... Me puse muy contento de ver todo lo que nos habían traído.

Después vino mi momento preferido: ¡¡el pastel!! Había dos, de nata y chocolate, uno para Guillem y otro para mí. ¡¡Con una pinta que tenían!! En medio llevaban dos velas cada uno, con dos unos y unas letras blancas en las que ponía: «Felicidades, Sergi»; «Felicidades, Guillem». Todos nos cantaron el *Cumpleaños feliz* y soplamos las velas, no sin antes pedir un deseo.

Me gustan mucho las fotos que nos hicieron soplando las velas. Estamos muy graciosos, porque parece que estemos tocando la trompeta. Después de comer el pastel, mis abuelos y mis tíos nos dieron *muuuuuuchos* besos y se fueron, pues tenían que volver a Barcelona. Mis amigos se marcharon al cabo de un rato. Después de recoger todos los platos y vasos, estábamos algo cansados y no nos cabía nada más en la barriga después de tantos bocadillos y pastel, así que no cenamos, nos pusimos el pijama y nos sentamos los tres en el sofá. Ya quedaba poco para ir a dormir.

—Menuda fiesta —nos dijo papá dándonos un abrazo—. ¿Estáis contentos?

—Me ha encantado, papá; ha sido genial. Y nos han regalado un montón de cosas —dijo Guillem.

—¿Y tú qué dices, Sergi?

—Me ha gustado mucho sí, pero... ha pasado algo que no esperaba: Moussa no ha venido.

—No habrá podido venir —dijo Guillem—. Estaría trabajando.

—No sé por qué no ha venido, pero estoy seguro de que se acordaba de que hoy era nuestro cumpleaños y no nos ha dicho nada. Me parece algo extraño, porque tiene el teléfono apagado hace días. Igual ha tenido que volver a Senegal.

—Sergi, no te preocupes, seguro que no ha podido venir por algún motivo importante. Yo lo llamé la semana pasada y el teléfono ya lo tenía apagado. Si quieres hacemos una cosa: el próximo fin de semana que estemos juntos, nos acercamos a la playa y preguntamos a los señores que venden pareos y bambas

en el paseo a ver si saben algo de él. Ellos seguro que lo conocen y nos podrán decir alguna cosa.

Papá tenía razón, lo único que podíamos hacer era preguntar a sus amigos de la playa. Lo que no me gustaba era que para eso todavía faltaban dos semanas.

CAPÍTULO 10: **EL PASEO DE LAS SONRISAS**

Un par de sábados más tarde hacía mucho sol y, aunque ya no hacía tanto calor como para ir a la playa a bañarse, daban ganas de ir un rato. Aparcamos en una de las calles cerca del paseo marítimo y vimos que había mucha gente por los alrededores y también muchos señores vendiendo; no me esperaba que hubiera tantos. En verano, cuando estamos en la playa, como pasan de uno en uno, no parece que pueda haber dos filas largas de vendedores como Moussa ocupando todo el paseo... Con el sol se veía todo muy brillante y me acordé del primer día que vi a Moussa, como si fuera una luz en la playa.

Todos llevaban una mochila muy grande y tenían una sábana en el suelo, en la que había bambas, pareos o bolsos muy bien colocados. La gente les preguntaba y ellos cogían lo que les habían pedido y se lo dejaban tocar; las mujeres enseguida se colgaban el bolso y miraban cómo les quedaba puesto. Algunos tenían la sábana llena de gafas de sol, y había tantas que a mí me hubiese costado mucho decidirme por unas. Muchos vendedores llevaban un espejo para que, quien quisiera, viera si estaba guapo o no con lo que se probaba. Mientras lo observaba todo, pensé que Moussa podía estar en algún rincón del paseo vendiendo y que lo íbamos a ver. ¡Los vendedores se parecían tanto a él! Recuerdo lo amable que había sido conmigo desde el primer día, y observaba a los demás «Moussas» como sonreían y ofrecían todo lo que vendían a cualquiera que pasara. No había nadie enfadado; todo eran sonrisas de dientes blancos, todos muy amables con quien se les acercaba... Era como un concurso de sonrisas. Algunos hablaban raro —más raro que Moussa—,

pero era gracioso, porque con una sola palabra ya sabías lo que te querían decir. Por ejemplo, cuando alguien se acercaba a un bolso decían «bonito» y, si miraba una bamba, se oía «barato» y «tú probar».

La sonrisa solo se les borraba un poco cuando miraban hacia los lados, algo que hacían bastantes veces, y entre ellos se decían cosas que yo no entendía. Tenían la sábana cogida con un nudo y parecía que podían tirar de ella como si quisieran llevársela corriendo en cualquier momento. De hecho, hasta daba la impresión de que algunas cosas estaban cosidas a la tela.

—Papá, ¿por qué tienen cogida la sábana con la mano cómo si se fueran a marchar enseguida?

—Por si viene la policía, Sergi. Ellos no pueden vender aquí, pero lo hacen porque no tienen otro sitio.

—¿Y la policía puede venir y meterlos en la cárcel? —dije muy sorprendido.

—Los puede detener unas horas y quitarles lo que venden. No los meten en la cárcel, pero les pone una multa. Intentan irse corriendo antes de que vengan y entre ellos se avisan.

Por un momento, pensé que papá estaba hablando de broma, pero, con la cara que me lo estaba diciendo, supe que lo decía en serio. Guillem me miraba con unos ojos como platos y ponía cara de no estar entendiendo nada de lo que decía papá.

—Vamos a preguntar a aquel señor a ver si conoce a Moussa. Creo que un día vi que lo saludaba en la playa.

Aquel hombre no conocía mucho a Moussa, pero nos señaló cuatro sábanas hacia la izquierda y nos dijo que aquel chico de los bolsos vivía en el piso con él, así que me fui corriendo hacia donde estaba y le pregunté:

—Hola, soy Sergi y soy amigo de Moussa. Aquel señor de allí nos ha dicho que vives con él. Le invitamos a mi fiesta de cumpleaños y no vino. ¿Sabes dónde está? ¿Está bien?

El chico miró a papá, que ya estaba detrás de mí junto con Guillem, y después de sonreírme me contestó:

—Hola, sí, Moussa está bien. Hace unas semanas tuvo un pe-

queño problema y ahora no sale de casa, pero está bien.

—¿Sabes qué le ha ocurrido? No he podido hablar por teléfono con él porque lo tiene apagado —dijo papá.

—Debéis ser sus amigos de la casa, ¿verdad? Me ha hablado de vosotros y estaba muy preocupado porque no pudo ir a vuestra fiesta de cumpleaños. Hace unos días lo detuvo la policía; le pidieron los papeles por la calle y, como no los tiene en regla, se lo llevaron a comisaría. Desde que salió de allí, se esconde en casa de unos amigos y no ha encendido el teléfono; tiene miedo de que lo puedan localizar y lo envíen para Senegal de vuelta. Pero no os preocupéis, por lo demás está bien.

Miré a papá y no podía creer lo que estaba oyendo. Notaba que algo en la barriga se me ponía duro y los ojos me empezaban a picar.

—Por favor, ¿nos puedes llevar donde está para que lo podamos ver? —le dije.

—Ya no vive donde vivo yo. Como os he dicho, se fue a casa de unos amigos y va a estar un tiempo sin hablar con nadie. Cuando nos pasa lo que le ha pasado a él, estamos un tiempo que no vemos a nadie. Como incomunicados, ¿entiendes? Es como si por un tiempo nos hiciéramos invisibles, como si desapareciéramos. Poco a poco volvemos a hacer lo que hacíamos antes, pero primero ha de pasar un tiempo hasta que volvemos a sentirnos seguros en la calle. A ese tiempo que pasamos sin ver a nadie lo llamamos «el oasis».

—No te preocupes, lo entendemos —dijo papá—. Si ves a Moussa, dile que, de parte de Sergi, Guillem y Joan, le mandamos un beso y un abrazo fuerte, y todos nuestros ánimos de corazón. Y, por favor, dile también que, cuando vuelva a encender el teléfono, me llame; quiero hablar con él.

Volvimos al coche los tres, sin hablar, dejando atrás el ruido de la gente y a todos los vendedores y sus sábanas. Allí se quedaron, en el paseo, un montón de «Moussas» con sus bolsos y sus bambas. Me preguntaba cuántos de ellos habían tenido que hacer «el oasis» y desaparecer durante un tiempo.

Cuando estábamos llegando donde habíamos aparcado, me giré y ya no vi el paseo. Por un momento pareció que no existía, como si hubiera soñado que hay señores de sonrisa blanca a quien la policía puede meter en la cárcel por vender pareos. Estaban tan cerca de mí y tan lejos de sus casas...

Al entrar en el coche, le pedí a papá que nos llevara a la playa, a nuestra playa. Tenía ganas de ver el mar sentado en la arena. Él estuvo de acuerdo y, nada más llegar, fuimos caminando casi hasta la orilla y nos sentamos los tres enfrente del agua. Nadie decía nada; ni Guillem tenía ganas de hablar.

Me quedé mirando donde el mar toca el cielo, allí donde Moussa me había dicho que está Senegal. Mientras estuve observando el horizonte, me sentí más cerca de él. Estaba en la playa donde lo había conocido y, aunque no me podía oír, le dije que sabía que, un día u otro, nos íbamos a volver a encontrar.

También esperaba que mi prueba de amor se cumpliera. La había pedido con fuerza muchos días y no paraba de imaginar que Moussa estaba con su mujer y sus hijos, que jugaba con ellos y que era feliz. Así me había dicho papá que lo hiciera: pedir con fuerza las cosas. Pero no sabía si eso llegaría a pasar. Aunque él me había dicho que no había pruebas de amor imposibles, quizá esta no se podía cumplir.

CAPÍTULO 11: **LA NAVIDAD Y SUS OLORES**

Pasaron las semanas y se acercaban las vacaciones de Navidad. A mí, la Navidad me encanta, pero había una cosa en la que no dejaba de pensar en aquellos días: habían pasado casi tres meses de nuestra visita al paseo de las Sonrisas y no habíamos vuelto a saber nada más de Moussa. Durante ese tiempo, había preguntado a menudo por él a papá, y él me había dicho que lo había llamado varias veces y a diferentes horas, pero que siempre salía el mensaje del contestador. Papá me decía que era muy posible que hubiera cambiado de número de móvil o que hubiera vuelto a Senegal porque ya no aguantaba más tiempo sin ver a su familia, y habría decidido volver.

—Estas cosas a veces no se pueden pensar con mucha antelación. Seguro que ha reunido el dinero suficiente y habrá cogido un avión para estar con los suyos —me decía.

—Papá, pero ¿no crees que se hubiera despedido de nosotros si de verdad se hubiera ido?

—Sergi, estoy seguro de que, si hubiera dependido de él, lo habría hecho; pero igual tenía una oportunidad de volver un día concreto y no ha podido pensárselo mucho.

—Me da mucha pena no haber podido decirle adiós. Además, no se ha cumplido mi prueba de amor —le dije mientras notaba que me entraban ganas de llorar.

—No te pongas triste, Sergi —me contestó mientras me abrazaba—. Tú has hecho algo maravilloso que es desear que vuelva a estar con su familia. Y, de alguna manera, tu prueba sí se ha cumplido, porque seguro que está con ellos en Senegal. Ya verás como tarde o temprano recibiremos una llamada de él diciendo

que está bien y feliz con su mujer y sus hijos.

—¿Crees que se acordará de mí? —le pregunté.

—Seguro que sí. Además, estoy convencido de que formas parte de él de la misma forma que, desde que lo conociste, él forma parte de ti. De la misma manera que tú te acuerdas de su sonrisa, de sus pareos y del día que vino a casa, seguro que a él le pasa exactamente lo mismo.

—¿Quieres decir que estoy dentro de su corazón?

—No solo estás dentro, sino que formas parte de él, como él forma parte del tuyo. Y cuando uno forma parte de un corazón no es para hacerlo por unos días, es para siempre.

Las «palabras sabias» de papá me tranquilizaron y me animaron. Entendía que no quería que me pusiera triste y, desde hacía un tiempo, cada vez que pensaba en Moussa y hablaba de él, papá intentaba hacerme una broma o me empezaba a preguntar por el cole, por mis amigos o por cómo me había ido el entreno de fútbol. Gracias a ello, y sin darme cuenta, Moussa había dejado de estar en mi cabeza cada día y cada vez pasaba más tiempo entre recuerdo y recuerdo, aunque a veces volviera a hablar de él un ratito.

El caso es que, a pesar de la ausencia de Moussa, esas vacaciones estábamos todos muy contentos, porque Guillem y yo habíamos sacado buenas notas del primer trimestre y porque faltaba muy poco para uno de los días del año que más me gustan: Nochevieja. Esa noche me puedo quedar hasta más tarde de las doce para despedir el año con las campanadas, y en cada campanada me puedo comer un ganchito —porque si me comiera doce uvas como los mayores creo que me atragantaría—. Esa noche la pasaríamos con papá, los abuelos, los tíos y nuestros vecinos —Luca, Neela y sus padres— y es, para mí, una de las mejores noches, porque todo el mundo se divierte mucho, todos están contentos y parece que nadie tenga ningún problema. Y eso me gusta. Yo creo que es el día de año donde los mayores más bromas hacen y se ríen sin parar. Es como si se les borraran de la cabeza todas las cosas malas que les han pasado durante el

año o como si ya no les dieran importancia. También me gusta porque hay muchas cosas diferentes para comer y la casa se llena de olores riquísimos. Es imposible que algo no te guste.

Guillem y yo habíamos adornado el árbol y toda la casa con la ayuda de papá. El pesebre estaba llenísimo de figuritas y, como nos ocurría cada año, era más grande que el de la Navidad anterior. Y es que nos encanta ir añadiendo alguna cosa año tras año... Una mañana estaba haciendo un río de papel de plata y me vino a la cabeza Moussa. Me preguntaba qué cenaría él para despedir el año y si también en Senegal las casas se llenan de buenos olores y las personas se ríen mucho y se olvidan de todos los problemas en Nochevieja. Cuando estuvo en nuestra casa nos explicó que Senegal era un país muy bonito, pero que había tenido que venir a Catalunya para que su familia tuviera dinero para comer, así que imaginaba que no podrían comer todo aquello que quisieran como sí hacemos nosotros. Me preguntaba también si el verano siguiente lo vería aparecer con sus pasos cansados y su mochila otra vez por la playa del Faro, si se sentaría a mi lado de nuevo, me abrazaría y lo podría volver a invitar a mi casa, a reírse y a decirle, por si no lo sabía todavía, que forma parte de mi corazón... Notaba el mismo pequeño dolor en el estómago de siempre cuando pensaba en Moussa, y en ese momento sonó la bocina del coche de papá avisando que llegaba a casa. Venía del supermercado y seguro que quería que le ayudáramos con la compra; habría que colocarlo todo en la nevera y los armarios.

Ya no quedaba nada para la segunda noche más bonita del año: Nochevieja. La primera, claro, es la del 5 de enero, ¡cuando vienen los Reyes!

CAPÍTULO 12: **¿UVAS O... GANCHITOS?**

¡Al fin era Nochevieja! Papá se había pasado toda la tarde en la cocina preparando la cena y ya estaban llegando al comedor algunos de los olores de sus platos. Seguro que iba a estar todo buenísimo. ¡Oía tan bien! Guillem y yo ya nos habíamos duchado y puesto muy guapos para esa noche, porque papá siempre dice que hay que despedir el año y dar la bienvenida al nuevo como si fuéramos a una fiesta muy especial, aunque nos quedemos en casa; que hemos de celebrar que estamos todos juntos un año más.

A nosotros dos nos había tocado preparar los recipientes con las doce uvas y las habíamos contado varias veces para no equivocarnos y poner alguna de más. También habíamos colocado en cuatro boles de plástico doce ganchitos en cada uno, y en la mesa habíamos puesto servilletas, cubiertos y copas para todos. Lo habíamos puesto todo con mucho cuidado y papá nos había felicitado porque habíamos dejado una mesa preciosa.

—¡¡¡Para hacerle una foto!!!—nos había dicho con una super-sonrisa.

Entonces, cuando ya estaba todo listo y menos nos lo esperábamos, tuvimos una pequeña sorpresa: mi tío llamó diciendo que el abuelo no se encontraba bien, que no parecía nada grave, pero que era mejor quedarse en casa, en Barcelona, y no marearlo mucho. Aunque al principio me enfadé porque no vendrían los abuelos ni los tíos, papá me explicó que era mucho mejor para todos que se quedaran en su casa; pues, si el abuelo iba a la nuestra y se ponía peor, sí que sería un problema. Al cabo de un rato, pudimos hablar con ellos por videollamada y nos

mandaron muchos besos. Vi al abuelo con la misma sonrisa de siempre y eso me dejó más contento —y menos preocupado—.

Los que sí vendrían a cenar eran Luca, Neela, sus padres y su tío, que los acompañaba esa noche. Guillem y yo los estábamos esperando viendo la televisión, donde hacían uno de esos programas que me encantan, en los que la gente se cae en bici o patinete o se ven fallos de porteros de fútbol. Nos reímos mucho porque se ve cada tortazo...

En ese momento sonó el timbre y yo fui a abrir, como siempre, porque Guillem es bastante vago para ir a abrir la puerta y siempre tiene una excusa para no levantarse del sofá. Iba todavía riéndome del programa de la *tele*, pensando que serían Neela y su familia, y abrí sin mirar. Pero al levantar la vista... no eran ellos. Delante de mí, como si fuera un sueño, apareció alguien a quien no esperaba: Moussa. No sabía realmente si lo que estaba viendo era verdad o estaba soñando despierto. Tenía a Moussa delante... Él llevaba un abrigo negro muy elegante y me estaba mirando con una gran sonrisa... Yo no podía moverme, no sabía qué decir y noté que algo se aceleraba dentro del pecho y me dolía a la vez.

—Hola, Sergi... No te asustes. Soy yo, Moussa —dijo agachándose para abrazarme.

Yo lo abracé con todas mis fuerzas mientras los ojos me picaban mucho y salían lágrimas de ellos... No sé cuánto rato estuve así, pero al cabo de un rato oí detrás de mí la voz de papá que me decía que no me preocupara, que Moussa, el de verdad, estaba allí.

Luego, más calmado, deshice el abrazo y Moussa, con una voz suave que casi no recordaba, me dijo:

—¿Cómo estás, amigo Sergi? Te pido perdón por no haber podido venir a tu fiesta...

Yo no sabía qué decir. Además, había algo en mi garganta que no me dejaba hablar. Nos quedamos un ratito mirándonos y vi que él también tenía los ojos brillantes. Entonces, le pregunté con una voz entrecortada:

—¿Dónde estabas, Moussa? Pensaba que te habías ido para siempre.

—Ahora te cuento todo lo que ha pasado y por qué estoy aquí, no te preocupes.

Se levantó, secó mis lágrimas con sus pulgares y me acarició el pelo de forma suave mientras miraba a papá sonriendo.

—Creo que es mejor que entremos todos, ¿no os parece? Hace frío y a los invitados no se los deja en la puerta —dijo papá.

Entramos en casa y papá le cogió el abrigo a Moussa, quien, después de abrazar a Guillem, abrazó también a mi padre. Guillem, Moussa y yo nos sentamos en el sofá y papá se quedó de pie, mientras yo seguía sin entender qué estaba pasando. ¿Por qué Moussa había aparecido de repente y ahora estaba sentado a mi lado como tantas veces había imaginado?

—¿Estás bien, Sergi? —me dijo él.

—Sí, bueno... No sé. Por favor, explícame qué está pasando.

—Os voy a contar por qué estoy aquí y qué ha pasado. No pude venir a vuestra fiesta de cumpleaños en septiembre porque me había detenido la policía. No había hecho nada malo, pero no tenía papeles para estar en vuestro país y menos para vender, así que me quitaron todo el material que llevaba encima. Cuando me soltaron, estuve un tiempo sin salir de casa, porque es lo mejor que puedes hacer cuando te detienen: hacer como si hubieras desaparecido durante unos días.

—Fuimos a buscarte al paseo donde os ponéis tú y tus amigos a vender y nos contaron que estabas «en el oasis» —le dije, recordando las palabras del vendedor.

—Lo sé, Sergi —respondió con una sonrisa—. Me lo dijo mi amigo Ibrahima, a quien preguntasteis. Pero, créeme, era mejor no tener contacto con nadie, aunque sabía que os preocuparíais. Por eso, al día siguiente, llamé a vuestro padre desde un teléfono que no era el mío.

Miré a papá. Me estaba mirando y estoy seguro de que sabía lo que le iba a decir.

—Pero, papá, tú no nos dijiste nada.

—No, no dije nada y ahora me toca a mí hablar para que sepáis cuál es mi parte en esta historia —dijo sentándose en una silla delante del sofá dónde estábamos todos.

Cada vez que sabía más cosas de lo que había pasado con Moussa más curiosidad tenía y más preguntas me hacía; y menos entendía todo lo que estaba pasando.

—Moussa me llamó al día siguiente, cuando estaba en el trabajo, y me explicó lo que le había pasado. Lo tranquilicé, porque estaba nervioso y sin saber qué hacer, y le pedí que me dejara ir a verlo al día siguiente. Lo que no sabía Moussa ni vosotros es que yo tenía una sorpresa para él. Esperaba dársela el día de vuestro cumpleaños, pero la sorpresa me la dio él a mí cuando no vino.

—La verdad es que fue una sorpresa no deseada e inesperada para todos, también para mí —dijo Moussa mientras sonreía.

—Lo sé, Moussa. Tú no tuviste ninguna culpa. Pero no os dije nada a vosotros dos —añadió mirándonos—, porque primero quería explicárselo bien a Moussa el día de vuestro cumpleaños.

—¿Explicar la sorpresa que tenías para Moussa? ¿Y qué era? —dijo Guillem.

—Fui a ver a Moussa al día siguiente para explicarle que sabía que en mi empresa había dos personas del laboratorio que se jubilaban en breve, y le ofrecí la posibilidad de entrar a trabajar conmigo. Íbamos a necesitar a dos químicos y, como ya había hablado con los responsables de planta, sabía que Moussa podía hacer ese trabajo. Aunque al principio, hasta que no se hicieran efectivas las jubilaciones, sería para trabajar en el almacén. Moussa estuvo muy contento con la propuesta. —Él asintió con una gran sonrisa, mientras mi padre seguía contando lo ocurrido—. Y entonces concretamos con la empresa que podía empezar en noviembre. En ese momento no os dije nada, chicos, porque Moussa prefería seguir «en el oasis» hasta que estuviese todo arreglado. Y, cuando empezamos a mover todos los papeles que hacían falta para que Moussa entrara en la empresa, vimos que había un requisito necesario que era impres-

cindible cumplir: Moussa debía irse a su país y desde allí iniciar los trámites para venir aquí a trabajar. Al principio no habíamos caído en ello, pero debía regresar a Senegal primero y, desde allí, teníamos que llamarlo para contratarlo, pues no podía incorporarse a nuestra empresa si estaba aquí viviendo sin papeles. ¡Parece un lío, pero hay que hacer lo que dice la ley! El caso es que lo hablamos y le dije que no sería ningún problema, al contrario. Así podría ir a ver a su familia, estar con ellos un tiempo después de no verlos en un año, y volver para empezar a trabajar —explicó papá.

—Vuestro padre me dio el dinero para poder ir y volver a Senegal —dijo Moussa.

—Eso es lo de menos, Moussa —dijo papá.

—Pero ¿y tu familia? ¿No pueden venir? ¿No pueden estar aquí contigo? —pregunté mirándolo.

—Sí que podrán venir, pero no ahora mismo. Tiene que pasar un tiempo para que puedan venir sus hijos y su mujer —respondió papá.

—¿Cuánto tiempo?

—Es posible que un año, Sergi. Igual un poco menos, pero normalmente el trámite de la reagrupación familiar, que es como se llama, se puede realizar en ese tiempo, más o menos.

—Pero eso es mucho, ¿no?

No entendía por qué no habían venido todos juntos y tampoco por qué, si Moussa estaba ya aquí con un trabajo, tenía que estar esperándolos un año. Papá adivinó mis pensamientos.

—Sergi, cariño, el primer paso para que Moussa pueda estar aquí y traer a su familia es tener un trabajo y eso lo hemos conseguido. Y es lo más difícil, créeme. Después, las leyes de nuestro país dicen que Moussa tiene que demostrar que tiene un trabajo fijo y seguro, ha de pasar un tiempo en el que vean que es un empleo estable y entonces su familia podrá venir. Todos los que están en su situación tienen que hacer los mismos pasos, no hay otra posibilidad.

Aunque todo lo que me decía papá era un poco difícil de entender para mí, su cara era de felicidad, igual que la de Moussa, más radiante que nunca, así que imaginaba que estaba todo bien. Todavía me estaba recuperando de la sorpresa de verlo en mi casa y tenía su mano cogida fuerte desde que nos habíamos sentado. De algún modo, se había cumplido aquello que me había dicho papá: «Piensa algo con mucha fuerza, que al final pasará», pero aún faltaba que la familia de Moussa pudiera estar con él.

—Es que pensaba que vendrían muy pronto si Moussa ya estaba aquí —les dije.

—Sergi, yo creo que hemos de estar todos muy contentos —me dijo Moussa mientras me apretaba la mano—. Gracias a vosotros, podré traer a Hamadou, a Mariama y a Awa. Gracias a la oportunidad que me da tu padre, puedo tener un trabajo y podré traer a mi familia aquí y empezar una nueva vida. Hacía mucho tiempo que no era tan feliz. Me siento un privilegiado por haberos conocido y por todo lo que me está pasando.

Cuando Moussa dijo «privilegiado» me acordé de las veces que no me daba cuenta de todo lo bonito e importante que tenía alrededor. Y ahora tenía al lado, de nuevo, a alguien que pensaba que no vería más.

—Lo que más me gustaría sería que ya estuvieran aquí, que los pudierais conocer. Ahora no puede ser, pero sabemos que en un tiempo vendrán y se quedarán aquí conmigo, y ya no me separaré de ellos nunca más.

Miré a Moussa y no pude más que sonreír. No lo había hecho desde que había llegado.

—Te ayudaré a que ese año que falta para que vengan se pase deprisa, Moussa. ¿Ya no te vas a ir más?

—No, Sergi, no me voy a ir más. ¿Sabes una cosa? Les he hablado mucho de vosotros a Mariama y Hamadou, y también a mi mujer, y tienen muchas ganas de conoceros.

—¿Y de mí no les has hablado? —dijo papá en broma.

—También, Joan, también. Pero un poco menos, la verdad

—dijo Moussa sonriendo.

—Estás perdonado. Bueno, ¿aquí nadie tiene hambre? Voy a llamar a los vecinos, que ya son las nueve y media.

—¿Vas a querer ganchitos o uvas para cuando suenen las campanadas, Moussa? —le preguntó Guillem.

—¿Ganchitos? —dijo Moussa con cara de asombro mientras se reía.

—Oye, que están muy ricos.

Todos nos reímos y fuimos hacia la cocina. Me había entrado un hambre con tantas emociones...

CAPÍTULO 13: **¿QUÉ PASARÁ MAÑANA?**

Al final de la primavera, Moussa ya llevaba dos meses trabajando en la empresa de papá; todavía no podía trabajar de químico, pero decía que también era feliz en el almacén. Papá nos contaba que era un muy buen trabajador, y que lo era por muchas razones: atento, responsable, exigente con lo que hacía y buen compañero, intentaba siempre ayudar a todos los que estaban a su alrededor y siempre con una sonrisa. Y si lo decía papá, seguro que era así.

Desde su regreso, Moussa repetía a menudo una frase que me hacía pensar: «Ha sido una suerte maravillosa conoceros, me habéis cambiado la vida». Y cuando lo decía yo siempre me hacía la misma pregunta: «¿Quién ha tenido más suerte: él de conocernos a nosotros, o nosotros de conocerlo a él?». Porque, desde que había conocido a Moussa, no había parado de hacerme preguntas. Él también me había cambiado la vida a mí, y estaba seguro de que a Guillem y a papá también.

Moussa me hizo darme cuenta de cosas que pasaban delante de mí, pero que antes no veía y creo que sé por qué: no les prestaba atención y no les daba importancia porque no las entendía. Hay cosas que los niños ni podemos ver ni entender. Pero, claro, eso no significa que no ocurran, y de eso me di cuenta después. Los niños vamos creciendo y nos vamos dando cuenta, poco a poco, de lo que va pasando a nuestro alrededor. Vas entendiendo lo importantes que son esas cosas y poco a poco te vas haciendo más preguntas sobre lo que no comprendes. Eso se llama hacerse mayor. Gracias a Moussa me he hecho mayor antes que otros niños, porque desde que lo conocí presto más

atención a todo lo que sucede cerca de mí y me doy cuenta de más cosas. Y lo intento entender todo poco a poco. Cada día me hago más preguntas gracias a él, y es verdad que, a veces, esas preguntas pueden cambiar lo bonito que puede ser un día, pero me he dado cuenta de que, si eso sucede, tampoco pasa nada.

Hace un tiempo pensaba que todos los días —menos el día que tienes un examen en el cole— eran alegres y bonitos. Pero he descubierto que no, que a veces pasa algo y te das cuenta de que el día no es como tú querías que fuera. Entonces te haces preguntas y, en vez de enfadarte, aprendes cosas. Cuando eso pasa, tienes que ir a mirarte al espejo porque seguro que has crecido. Y así, haciéndome mayor, he aprendido que de los días tristes también se aprenden cosas, a veces más que de un día maravilloso sin preguntas.

Muchos días, después de trabajar, Moussa venía a cenar a casa y hablábamos de muchas cosas los cuatro. Yo aprovechaba para preguntar a los mayores las cosas que no entendía —ien eso me parecía cada vez más a Guillem!—, porque ellos se dan cuenta de todo lo que pasa a su alrededor y porque hay situaciones que solo ellos pueden arreglar, aunque no siempre lo hacen. Eso es lo que más me cuesta de entender todavía, «las situaciones que son injustas», como dice Moussa. Él me contó que muchos adultos deciden que todo aquello que no les afecta directamente es como si no pasara. Y no piensan que, quizá, algún día necesitarán la ayuda de alguien, porque lo ven como algo que nunca les va a pasar. Y no solo eso, sino que no ayudan a quien lo necesita.

—Si no me afecta es como si no pasara. Aunque vea que tengo delante de mí una gran injusticia, no hago nada. Así piensa mucha gente, Sergi; es lo que la vida me ha enseñado —me dijo Moussa.

—O sea, que muchos mayores piensan que todo lo que no ven es como si no existiera. Pero ¿por qué hacen eso?

—No lo sé, Sergi. Te haces mayor y te vuelves egoísta, supongo. Algunos solo quieren ver aquello que les interesa y se

olvidan de algo tan sencillo como es pensar en los demás y dar amor. Darlo sin esperar nada a cambio, aunque seguro que ese amor en algún momento volverá a ti.

—Eso se llama hacer una prueba de amor; darlo sin esperar nada a cambio. Me lo dijo papá. Él me lanzó el reto de hacer una prueba de amor a alguien y elegí hacértela a ti. No se lo digas a nadie, es un pequeño secreto —le expliqué a Moussa mientras se me escapaba una pequeña sonrisa.

—No te preocupes, isoy una tumba! —me respondió sonriendo—. ¿Y por qué me elegiste a mí? —me preguntó.

—No lo sé, no lo he pensado nunca. Cuando te vi, algo salió de mí y fue hacia ti. Algo invisible viajó entre los dos y nos unió. Un trocito de mi corazón corrió hasta el tuyo y un pedazo del tuyo vino al mío. Creo que pasó eso, y fue sin darme cuenta. Cuando te despediste y te ibas, notaba que te llevabas una parte de mí; aunque te alejaras sabía que iba contigo.

—Es curioso, Sergi, pero, la primera vez que nos vimos, yo ya sabía que nos volveríamos a ver. Pocos niños me preguntaban sobre mis pareos; pocos niños me prestaban atención y me ofrecían limonada mirándome como tú lo hiciste.

—Fue una suerte que pasaras cerca de donde estábamos, Moussa.

—Yo creo que no fue suerte, fue el amor, tu prueba de amor, quien trazó el camino en la arena que nos unió.

—Pero mi prueba todavía no está acabada del todo —le dije muy bajito—. Falta que vengan tu mujer y tus hijos de Senegal.

—Ya queda menos; cada día que pasa estoy más cerca de ellos.

—Buf, Moussa, cuánto lío por un trabajo, ¿no?

—Cuánto lío para hacer a un hombre feliz y dejar que esté al lado de quien quiere, Sergi.

Y nos quedamos los dos callados.

Papá siempre dice que, cuando hablo, mis palabras suelen estar envueltas de entusiasmo y diversión, y eso hace que sea fácil hacer sonreír a quien me escucha. Yo no sé si es así, pero

cuando hablaba con Moussa entendía lo que quiere decir dar amor a alguien sin esperar nada a cambio. Sus ojos de buena persona a veces explicaban más que sus palabras.

De papá, y de lo que me contó sobre las pruebas de amor, he aprendido que solo con una frase de agradecimiento o con una sonrisa ya puedes ayudar a una persona que lo necesita. Y también que, después de hacerlo, te sientes mucho mejor que antes. Como si esa frase o ese acto rebotara en esa persona y se quedara dentro de ti. Ella se lleva tu sonrisa y tú, su agradecimiento, aunque sea sin palabras. Eso es lo que me pasaba a mí con Moussa, que me hacía feliz solo por el hecho de ayudarlo.

Después de la conversación de aquel día sobre la justicia y la injusticia, le pregunté a papá cuál era el significado de esas palabras y me dijo que lo buscara en el diccionario. Ponía que la justicia era aquello que «regula la igualdad» y «lo que hay que dar a cada uno cuando se reparte algo». Es decir, que se deben repartir las recompensas y los castigos, dependiendo de los méritos que hace cada uno para conseguir lo que quiere. Seguí buscando y encontré «injusticia». Explicaba que es cuando alguna persona es «recompensada de forma insuficiente por un esfuerzo o si es sometida a un castigo sin ninguna razón que lo justifique».

Entonces pensé en qué era lo que había hecho Moussa para recibir el castigo de no poder estar con su familia y no supe encontrar una respuesta. Él había llegado a Catalunya en una balsa de plástico para dar la oportunidad a sus hijos y su mujer de ser más felices: quería darles una vida mejor de la que tenían. Sabía que podía morir en el viaje, pero aun así había decidido viajar. Y lo había hecho por amor a ellos, igual que todos los que dejan a su familia en su país sin saber si los volverán a ver de nuevo. Por amor incondicional. ¿Cuántos papás de los de aquí hubieran dejado a su familia en casa y se hubieran atrevido a cruzar el mar sin saber si algún día volverían a ver a sus seres queridos? Me parece que, si muchos mayores se hicieran esta pregunta, respetarían mucho más a todos los «Moussas» que

tenemos cerca. Y aquí, en lugar de ayudarlos cuando llegan, no les hacemos caso, los metemos en la cárcel y los tratamos de forma injusta; los castigamos tratándolos como si fueran invisibles sin tener ninguna razón para hacerlo. Papá me dijo un día que no hay peor castigo que ese: la «indiferencia», otra palabra con tres íes que significa no hacer caso a alguien. Seguro que, si nos hicieran a nosotros lo mismo que le han hecho a Moussa, nos sentiríamos muy mal.

Desde hace un tiempo, cuando voy a casa de mis amigos, les digo a sus padres que estoy haciendo un trabajo del cole y que si me pueden contestar unas preguntas. Yo les pongo una condición antes de hacerlas: que me tienen que responder a todas, que es como un examen y que les voy a poner una nota. Ellos me dicen que por supuesto que lo harán; pero después no es así, porque muchos no saben qué contestarme. Empiezan a escucharme con una sonrisa, cuando empiezo con la primera pregunta se quedan sorprendidos y lentamente dejan de sonreír, y después de hacer varias creo que están deseando que acabe. Pero yo las hago todas y espero que, cuando me vaya a casa, se queden hablando de ellas o que contesten alguna mientras comen o cenan, y piensen en hacer una prueba de amor.

Esta es la lista de preguntas que hago a los padres de mis amigos:

- *¿Qué harías si en tu país no tuvieras trabajo y tus hijos no tuvieran para comer?*
- *Si no supieras nadar, ¿harías un viaje de seis horas en una balsa de plástico para ir a otro país?*
- *¿Viajarías sabiendo que puede que no vuelvas a ver a tu mujer y a tus hijos nunca más?*
- *¿Aguantarías dos, tres o cuatro años sin ver a tus hijos? ¿Qué harías para verlos?*
- *Si cuando llegaras a ese país te metieran en la cárcel como si fueras un delincuente y te trataran mal, ¿pensarías que es justo?*
- *Cuando vas a la playa y ves a un señor vendiendo pareos y pulseras, ¿qué piensas?*

- *¿Le ofrecerías limonada al señor de los pareos que está todo el día andando por la playa?*
- *¿Te gustaría que la gente te ayudara a encontrar un trabajo si llegases a un país del que no conocieras el idioma y no tuvieras dinero?*

Después viene el momento de poner una nota y hay muy pocos que aprueben. La mayoría contestan «sí», «no» o «no lo sé» y, claro, esta última no es una respuesta correcta para mí.

Pero me ha pasado una cosa con algunos papás y mamás, y es que me han pedido que regrese unos días más tarde a hacerles las mismas preguntas, y entonces me las han respondido casi todas y les he puesto mejor nota. Y eso me alegra porque creo que les he hecho pensar en personas como Moussa, que he conseguido que se den cuenta de aquello que pasa a su lado, pero que no veían o no querían ver. Quizá serán un poco menos egoístas y darán el primer paso para una prueba de amor... Porque, como dice papá, hay tantas pruebas de amor posibles como corazones hay en el mundo, solo hace falta querer hacerlas.

CAPÍTULO 14: MI PLAYA YA NO ES MÍA

De nuevo era verano y estaba muy contento. Guillem y yo habíamos terminado la primaria con muy buenas notas y nuestros padres estaban muy felices porque decían que nos habíamos esforzado mucho y el resultado había sido estupendo. El primer día de vacaciones con papá, íbamos a ir a la playa con Moussa y le habíamos dicho que lo pasaríamos a buscar por su nuevo piso y que no se preocupara de nada que llevábamos nosotros la comida. Moussa había alquilado un piso para él solo y lo estaba preparando para cuando llegara su familia. Él también estaba muy feliz.

Después de recogerlo con el coche, llegamos al aparcamiento, cogimos las bolsas, un par de sombrillas y la nevera y nos pusimos justo al lado del agua, como le gusta a papá, para vigilarlos. Moussa nos ayudó a extender las toallas y a colocar bien las sombrillas. Nos pusimos nosotros solos la crema y papá nos ayudó a ponernos en la espalda porque no llegábamos.

—Moussa, ¿tú también te pones crema? —le preguntó Guillem.

—Claro, del sol nos hemos de proteger todos, sea cual sea el color de nuestra piel —le dijo él mientras se reía.

Después de un rato jugando a la pelota y a las palas, Guillem y yo decidimos descansar y sentarnos en las toallas. Moussa nos estaba contando cómo son las playas de Dakar y lo bonito que es su pueblo, cuando, a lo lejos, vimos a un señor con una mochila negra que venía hacia nosotros. Caminaba con paso lento, como si estuviera cansado. Llevaba nueve o diez pareos colgados del cuello y uno rojo, azul, verde y rosa muy bonito lo enseñaba a

todos los que estábamos en la playa. Tenía una sonrisa blanca y se veía muy amable con toda la gente a quien se dirigía; era fuerte y debería tener la misma edad que Moussa. Llevaba una camiseta blanca un poco grande y unos tejanos. Cuando lo tuvimos cerca, vi que estaba sudando mucho. En ese momento, Moussa se levantó y le dio la mano. Por el tono de voz y la forma de expresarse los dos, seguro que se conocían. Estuvieron hablando en francés un rato y hubo un momento que Moussa dejó de hablar y nos miró.

—Sergi, Guillem, Joan, os presento a mi amigo Mamadou.

—Es un placer conocerlos, señores —dijo Mamadou en un perfecto castellano.

—El placer es nuestro, Mamadou —dijo papá.

—Hola, Mamadou, ¿quieres un vaso de limonada fresquita? Yo soy Sergi.

—Gracias, Sergi, pero tengo que seguir vendiendo. Te lo agradezco mucho.

—Otro día que te veamos no podrás decirnos que no y tendrás que sentarte a probar nuestra limonada, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo, Sergi —dijo Mamadou mientras sonreía y miraba a Moussa.

—Papá, me gusta mucho el pareo que lleva en las manos, ¿se lo podemos comprar? Se lo quiero regalar a un amigo —dije.

Papá me dijo que claro que sí y Mamadou me dio uno igual que tenía dentro de la mochila metido en un plástico. Pagamos, nos despedimos de él y vi cómo, poco a poco, se iba alejando mientras seguía enseñando sus pareos a la gente.

—¿Te puedo preguntar para quién es el pareo, Sergi? —me preguntó papá.

—Sí, claro, papá, es para Moussa —dije mientras se lo dejaba encima de sus piernas.

Moussa me miró y lo cogió con una mano mientras sonreía tímidamente.

—Muchas gracias, Sergi. La verdad es que no esperaba que fuera para mí.

—¿Eres muy amigo de Mamadou? —le pregunté.

—Sí, él también vino en balsa, pero antes que yo.

—¿Y también tiene familia?

Moussa miró a papá antes de contestarme y después dejó ir su vista al mar durante unos segundos.

—Sí, tiene mujer, dos hijas y un hijo. Hace cuatro años que está aquí y es profesor de Matemáticas. Supongo que he contestado a lo que me ibas a preguntar, ¿no? —me dijo Moussa mientras me tiraba una piedra pequeñita al pie.

—Pues la verdad es que sí —contesté con una pequeña sonrisa—. Pero tengo más preguntas; aunque ya te las haré en otro momento.

Me quedé callado un rato mirando las olas que iban y venían dejando todo de espuma blanca en la orilla. Mientras, un señor que vendía bambas y gafas de sol, empezaba a llegar cerca de dónde estábamos y, en ese momento, lo miré y vi que no estaba solo en la playa: me lo imaginé con toda su familia a su lado. Todos avanzaban por la arena; los hijos y la mujer de ese señor, invisibles para todos menos para mí, estaban andando a su lado, sonrientes y sudorosos como su papá, amables como él y ofreciendo lo que tenían en sus mochilas. Sin alzar la voz, sin exigir a nadie que les comprara nada, mostrando sus prendas como si fueran el mejor de los tesoros. Estaban todos juntos, porque todos esos hombres y mujeres que vienen aquí como vino Moussa no están solos, llevan a los suyos al lado, y estoy seguro de que muchas veces hablan y juegan con ellos; los tienen presentes en cada momento del día porque son lo único que tienen. Y sufren el castigo, sin merecerlo, de no poder estar con ellos.

Cinco minutos después de ver pasar al señor de las gafas de sol y las bambas, llegó otro señor con sus pareos, y otro, y otro... Todos podían ser Moussa. Todos *eran* Moussa.

—Papá, Guillem, Moussa, tengo una cosa importante que os quiero decir. Es muy importante para mí y creo que es el momento de decíroslo —anuncié de pie delante de ellos.

—¿Es malo? —preguntó Guillem mientras me miraba asustado.

—No, creo que es bueno.

—Pues tú dirás, estamos ansiosos por escucharte —dijo papá.

—Desde pequeños hemos venido siempre a esta playa. Es una playa que me encanta y yo siempre la he considerado mi playa; mi playa del Faro, como siempre la he llamado. Y la siento mía porque siempre me lo he pasado muy bien, siempre he sido y soy muy feliz aquí, y esta playa forma y formará parte de mí. Pero me he dado cuenta de que no es mía y que ya no quiero llamarla más la playa del Faro; ahora la quiero llamar la playa del Senegal y siento que es de todos, de los que estamos aquí y de los que están allí —dije señalando el horizonte.

—Si eso es lo que quieres, así será, Sergi —respondió papá.

Después de comer, mientras esperábamos para hacer la digestión debajo de las sombrillas, Moussa nos contaba cómo quería distribuir el piso cuando llegara su familia. Guillem se había quedado dormido en la toalla y papá le daba consejos a Moussa sobre algunas compras que quería hacer. En ese momento venía hacia nosotros otro vendedor de pulseras y bolsos, brillaba mucho lo que llevaba y, en el camino, se paró porque varias mujeres le preguntaban sobre lo que vendía.

—Habría que parar esto... —comentó papá mirando al hombre.

—Solo se puede hacer una cosa, Joan: convencer a todos los senegaleses que quieren y querrán venir aquí que la verdadera prosperidad está allí, en Senegal, y no aquí. Pero convencerlos con hechos y demostrarles que el camino correcto no pasa por jugarse la vida en una balsa de plástico. Muchos vienen pensando que aquí encontrarán la prosperidad y, en la mayoría de los casos, no es así. Convencerlos dándoles los medios necesarios allí para poder vivir dignamente. Si fuéramos capaces de hacer eso, te aseguro que nadie querría salir de su país. Senegal tiene muchos recursos y sería estupendo que estuvieran bien gestionados. Pero todos tenemos que hacer un esfuerzo para explicarlo y hacerlo realidad.

—Es difícil pero no imposible —dijo papá.

—Claro que no. La solución no es vender pareos en Catalunya o donde sea; la verdadera solución es que los políticos quieran más a su maravilloso país y no engañen a la gente. Y que, si eso pasa, si nos engañan, la gente se dé cuenta y exija responsabilidades a los que mandan. Si, además, otros países como el vuestro hicieran lo posible para hacer cumplir al gobierno de países como el mío sus promesas, la solución llegaría antes y saldríamos todos beneficiados. Porque te aseguro que allí hay tanta buena gente como aquí —dijo Moussa.

Había sido un día largo y ya empezábamos a recoger las sombrillas y las toallas cuando fui hacia Moussa, le dije que se agachara y le susurré al oído.

—Gracias —le susurré.

—Gracias, ¿por qué? —me preguntó mientras me cogía de los hombros.

—Por ser mi amigo y enseñarme tantas cosas. Y hacer que crezca más rápido que otros niños. ¡Ah! y por sentarte a tomar limonada conmigo aquel día.

—Las infinitas gracias os las tengo que dar yo a vosotros, Sergi. Me habéis regalado otra vida. La oportunidad de vivir todo esto gracias a tu amistad, a tu prueba de amor. Quizá sin ella no estaría ahora aquí.

Papá y Guillem nos miraban y sonreían con esa cara que dice que eres feliz.

Lo metimos todo en las bolsas y nos empezábamos a dirigir lentamente hacía donde estaba el coche, cuando de pronto tuve la necesidad de hacer algo y les pedí que se esperaran un momento. El sol estaba ya muy bajo y se reflejaba en el agua haciendo que todo el mar fuera de oro. Me quedé mirando el horizonte, allí donde está Senegal, y hablé con Mariama, Hamadou y Awa. Lo hice en voz alta. Les dije que ya quedaba poco para que vinieran y que les estábamos esperando con los brazos abiertos, que serían mis amigos y que los ayudaría en todo lo que me pidieran, porque no eran diferentes de mí ni de mi familia; solo que habían nacido en otra parte del mundo, como me

podía haber pasado a mí, y que no tenían la culpa de nada de lo que les pasaba. Les dije que estaba deseando darles un abrazo. Les mandé un beso mientras abría los brazos en un abrazo figurado y volví hacia donde estaban papá, Guillem y Moussa. Los tres tenían los ojos brillantes y dos lágrimas bajaban por las mejillas de Moussa, por esa cara de hombre bueno en la que siempre me había fijado porque me hablaba sin decir nada.

—Seguro que te han oído. Gracias por tener ese corazón y por llamar a tu playa la playa del Senegal. Haremos una gran fiesta cuando vengan —me dijo mientras me abrazaba.

Papá me acarició la cabeza y me cogió la bolsa mientras se pasaba un dedo por los ojos. No me dijo nada, pero noté que estaba un poco emocionado. Fuimos dejando la playa del Senegal atrás mientras su brisa y su olor a sal se enganchaban en mi camiseta y en mi cara como si le costara dejarnos ir. Parecía que nos estuviera agradeciendo el ser parte de ella. Se despedía con ese lenguaje tan particular que tiene mientras en su arena seguían guardadas todas esas historias de gente que camina incansablemente arriba y abajo buscando una vida mejor.

Dejamos a Moussa en su nuevo piso y en todo el viaje de vuelta a casa solo pensaba en una cosa: la siguiente prueba de amor que mi corazón elegiría. Esta vez no haría falta que papá me lo propusiera; había aprendido que ayudar es maravilloso y que me hace feliz a mí también, así que estaría atento a escuchar cuando mi corazón me hablara, porque era solo cuestión de tiempo que volviera a hacerlo.

Al llegar a casa, ya casi era de noche. Cenamos algo rápido, me metí en la cama y soñé con Mamadou, su mujer y sus tres hijos, que lo echaban de menos cada día; con Ibrahima y su novia, que hacía dos años que no se veían, pero se escribían cartas diciéndose que se querían y se esperarían... y con tantos y tantos hombres y mujeres que vemos cada día por la playa o por la calle buscando un futuro mejor y un corazón que los pueda ayudar; los hombres y mujeres del paseo de las Sonrisas.

Estaría bien que todos nos diéramos cuenta de que, detrás

de una persona que vende pareos en la playa, hay una historia de amor rota o pospuesta, en la que los actores principales no tienen ninguna culpa de lo que les ocurre. Cada pareo comprado esconde una separación entre dos personas que se quieren y que desean una vida normal, como la tuya y la mía. Nada más. Y tienen todo el derecho a desearlo y a cumplirlo.

Quizá ahora estás pensando en hacer una prueba de amor. Sería maravilloso saber que es así, que algo se ha despertado en ti gracias a Moussa. Habla con tus amigos, cuéntales su historia para que podamos ser cada día más los que las hagamos. Y hazme un favor: no te lo pienses y no te preocupes por cuándo será. Solo cumple con las dos condiciones que hacen falta para llevar a cabo cualquier prueba de amor: estar atento a tu corazón y no esperar nada a cambio. El amor hará el resto y entonces conocerás su verdadero significado.

— FIN —



**JOAN CARLES
MARTÍN TOMÁS**

Nacido en Barcelona (1967) y residente en Les Franqueses del Vallès, ha colaborado, desde el año 2000, como guionista y locutor en diferentes medios de comunicación: Televisió de Catalunya (TV3), 8tv, Ràdio 4, Ràdio Club 25, Ona Catalana, Ràdio Sabadell y Ràdio Premià de Mar.

Formó parte del equipo de guionistas de la productora "El Terrat de Produccions" para el programa "La Cosa Nostra" de Andreu Buenafuente.

El autor nos presenta su segunda obra después de publicar su primer libro «El secret de l'Home». Puede consultarse y descargarse en:

www.capinfantsenseconte.org

**¿Tiene alguien derecho a
arrebatar nos nuestros sueños?**

Moussa tenía un deseo para él y los suyos: ser feliz. Sergi y Guillem le acompañaron en su camino tejiendo un vínculo perenne. La historia de Moussa también es la suya. Juntos aprendieron que el amor, el respeto, no entiende de razas, sólo de personas.

"No hay mejor premio Sergi que ver la cara de felicidad de aquel que has ayudado con tu amor y no te lo había pedido".

*"No renuncies a tus sueños
o tus sueños renunciarán a ti"*

John Wooden



9 788409 573028